

SANTA TERESA DE JESÚS CEPEDA Y AHUMADA (1515 - 1582)

AVISOS

INDICE:

AVISO I
AVISO II
AVISO III
AVISO IV
AVISO V
AVISO VI
AVISO VII
AVISO VIII
AVISO IX
AVISO X
AVISO XI
AVISO XII
AVISO XIII
AVISO XIV
AVISO XV
AVISO XVI
AVISO XVII
AVISO XVIII
AVISO XIX

Avisos que dio la Santa después de muerta por medio de la insigne, y venerable Catalina de Jesús, fundadora del convento de Veas, al padre fray Gerónimo Gracián, primer provincial de la reforma.

AVISO I

*para los padres Carmelitas descalzos.
Que las cabezas estén conformes*

Notas

1. Estos cuatro avisos que se siguen están impresos en el principio de las constituciones de estos padres. Y no es tanto eso, como estar escritos 303] en sus corazones: y aun esto es menos, que estar escritos, como lo están en su observancia.

Porque estar escritas en el papel las leyes, si no pasan al corazón por los deseos de observarlas, importa poco: ni estar escritas en los deseos, si de allí no pasan a la ejecución. En ellos se hallan escritos estos cuatro avisos, por estos venerables, y penitentes padres, y por las hijas de santa Teresa.

2. Y así este aviso primero no necesita de explicación, sino que quien quisiere verle explicado, ponga los ojos en la religión de los padres Carmelitas descalzos, y en lo que obra su unión, su caridad, su discreción, y silencio; y el de las hijas de santa Teresa en todas sus elecciones, y verá, y leerá en sus afectos este aviso.

3. Sólo advierto, que no quiso aquí decir la Santa, que haya conformidad en todo de pareceres en las elecciones, sino que haya en todo conformidad de voluntades, y de intenciones, y en lo posible de dictámenes.

Porque así como Dios crió lleno de diferencias, y variedades el mundo, y en una provincia muy grande no se hallará una naranja, y en otras muy dilatadas no se hallará una bellota; en unas se abunda de lienzo, y no se halla una vedija de lana; en otras muy abundantes de lana, no se halla un copo de estopa, y así de los demás frutos, y cosas necesarias a la vida: con que necesita su divina Majestad a que unas provincias vivan socorridas de las otras, y se sustente el trato, la humanidad, el comercio, y sociedad entre los hombres; así también crió diversos los entendimientos, y unos entienden de una manera, y otros de otra: *Alius quidem sic, alius vero sic* (1, Cor. 7, v. 7). Y así vivimos necesitados de comunicarnos, y valernos unos de otros.

4. Pero esta diferencia, y diversidad de pareceres, no es la que reprueba la Santa, sino sólo pide la unión, y la caridad en tres tiempos: que son antes de decir los pareceres, y al decir sus pareceres, y en acabando de decir sus pareceres.

5. *Antes de decir sus pareceres*, teniendo todos intención de acertar, y de mirar por el bien espiritual de la religión, y por lo común, no por lo particular; y de desterrar todo interés propio, aunque venga a la consideración con resplandores de público; y de procurar purificar bien en este caso la intención en la oración, para que sólo se procure la honra de Dios, y bien de la religión.

6. *Al decir el parecer*, se ha de andar con unión, y cuidado, y deseo de buscar, y de abrazar lo mejor, ya lo diga este, ya lo diga aquel; porque en viendo la razón, aunque sea en un rincón, se ha de ir al difinidor, a donde está la razón, y no obrar arrimado sobrado a su parecer; ni defendiendo con tenacidad su sentencia, y parecer, sino con noble docilidad dejar su parecer, y abrazar el mejor parecer.

7. Digo, *noble docilidad*, porque no ha de ser docilidad servil, llevándome sólo de la autoridad, sin la razón, cuando está desnuda de razón la autoridad. Ni tampoco la docilidad ha de ser facilidad, y tal que toque en variedad, y en inconstancia, y liviandad, sino que el desasimiento del votar lleve el juicio libre, y racional a buscar a la verdad.

8. *Después de haber dado su parecer*, ha de haber conformidad; porque en acabándose el definitorio, o la elección, se han de volver a reunir los ánimos diferentes, como si todos hubiesen sido de aquel mismo parecer, defendiendo la elección, como si fuera de cada uno, y de su propio parecer.

Porque aunque se haya errado, conviene defender aquel necesario error, y es mejor que corregirlo el sufrirlo, porque aquello despierta discordia, pero esto asienta la paz, y vale más un imperfecto gobierno con paz, que un perfecto gobierno con discordia.

9. Pero esto se limita, cuando la discordia no nace de la elección, sino que asentada ésta, en el discurso del gobierno tal vez se origina la discordia del celo, y reformation. Porque cuando el celo desacomoda a lo malo, y de allí nace el turbar la mala paz de lo malo, es santa, y buena discordia.

Porque la paz en lo malo es perversa, y muy dañosa concordia; y entonces su remedio es la santa, y valerosa discordia, que causa lo bueno para reformar lo malo, y reducir el gobierno a que haya paz por lo bueno, y con lo bueno, y que ande ausente lo malo.

10. Esta falsa paz es la que aborrece el Espíritu Santo, cuando decía por el Profeta rey: *Zelavi super iniquos, pacem peccatorum videns* (Sal. 72, v. 3). Y por Jeremías: *Pax, pax, et non erat pax* (Jerem. 6, v. 14). Y esta santa discordia acreditaba el Salvador de las almas, cuando dijo: *Non veni pacem mittere, sed gladium* (Matth. 10, v. 34): Guerra, guerra vine a introducir en la tierra: guerra de lo santo, y bueno, con que se destierre lo pecaminoso, y malo.

AVISO II

Para los Carmelitas descalzos

Que aunque tengan muchas casas, en cada una haya pocos frailes

Notas

1. Después de haber moderado los afectos en las elecciones, modera el que haya muchos religiosos en un convento. Verdaderamente, que como advertimos en las notas a la carta 65, núm. 22, lo mucho siempre suele ser embarazoso a lo bueno; y mucho, y bueno no sé si cabe en el mundo, cuando vemos, que ocupa casi todo el mundo lo mucho, y malo.

Pars pessima in orbe major, decía el filósofo moral (Séneca). Pero mejor texto es, y más seguro el del Señor: *Multi sunt vocati, pauci vero electi* (Matth. 26, v. 16): Muchos son los llamados, y pocos los escogidos: y así huyamos de los muchos, y vámonos con los pocos.

2. Pero hablando de este santísimo aviso por dos cosas embaraza la multitud en la regularidad. La primera, para el sustento corporal. La segunda, para el pasto espiritual. *Para el corporal*; porque es muy dificultoso sustentar muchos religiosos, ya sea de rentas, ya de limosnas, y más en tiempos tan necesitados como estos: y si falta el sustento, cesa con el sustento la observancia regular; porque cuidadoso el cuerpo para buscar de comer, lleva arrastrado al espíritu.

3. *Para el pasto espiritual* es dañosa la multitud; porque en siendo muchos los religiosos, no es fácil que los ojos del prelado anden sobre cada uno. Conque es preciso, que

andando la observancia ausente de la censura, ande ausente también del convento la observancia.

4. Esto es más fuerte en conventos de religiosas, en las cuales, por no poder ser tan vigoroso el gobierno de mujeres, se origina la confusión, y sucede en lugar de la orden la irregularidad. Donde suele haber ciento y cincuenta religiosas, no puede la disciplina ceñir a la regular observancia: cincuenta suelen ir al coro, y andan ciento por la casa distraídas.

5. Aun en las comunidades de hombres en la Tebayda, Nitria, Palestina, y otras partes del Oriente había infinitos monjes, y algún convento, o abadía de cuatro, o seis mil profesores de este sagrado instituto; pero como dice san Juan Crisóstomo, y otros graves autores, entre muchos de admirable santidad, había no pocos falsos de ella, y menos ajustados; porque no era posible contener no sólo en la perfección, pero ni en un sentir, aquella infinita multitud.

6. Yo no dudo, que pocos, y perfectos agradan más a Dios, que no muchos, e imperfectos; y así habíamos de ser los obispos, y los sacerdotes, los religiosos, y todos los eclesiásticos; los bastantes, y muy santos. Más pesaba Elías en Israel, que ocho mil hombres, que no doblaron las rodillas a Baal.

Más pesaba santa Teresa, que ocho mil religiosas de su tiempo. Y así más vale, como aquí dice la Santa, pocos, y perfectos en un convento, que muchos, pero imperfectos.

7. Es verdad, que (como dice Tertuliano) siempre está el Señor entre dos ladrones, como lo bueno entre dos extremos; y así es malo que sea el número de los religiosos tan grande, que llegue, y pase a lo superfluo, como que no llegue hasta lo necesario. Porque si son muchos, no puede la observancia con ellos; y si son pocos, no pueden ellos servir, ni ejercitar la observancia.

¿Qué harán doce religiosos en un convento, sustentándose de limosna, que los dos, y aun tal vez los cuatro la están pidiendo; otro asiste a la portería, otro a la enfermería, otro está enfermo, otro a la huerta, otro a algún negocio preciso de la casa; este es forzoso que se lleve un compañero: cuántos quedan para el coro? ¿Para la oración? ¿Cuántos para seguir la comunidad? Claro está que se acaba la disciplina regular en acabándose el número, en quien se platica la regular disciplina.

8. Este discurso sigue extremadamente en sus opúsculos el ilustrísimo señor don fray Francisco de Sossa, antecesor mío en esta dignidad, que fue general de la seráfica Orden, con grande, y merecida opinión de espíritu, prudencia, celo, y admirable viveza, y comprensión en las cosas.

Por eso también santa Teresa, aunque comenzó con firme propósito de que no fuesen más de trece sus religiosas, después creciendo la luz experimental, pasó a veinte y una, como hoy se observa por constitución; porque conoció, que no era posible, que con menos número comúnmente pudiese haber en los conventos disciplina regular.

9. Finalmente siempre sería muy conveniente, que hubiese número determinado en todos los conventos de religiosas, del cual no se pudiese exceder. Y así lo hay en muchas

partes, señaladamente en los dos monasterios reales de las Descalzas, y de la Encarnación de la corte, que son dos ojos clarísimos, por donde mira la perfección, y el espíritu desta grande monarquía, o dos soles, desde donde se alumbrá la cristiana religión.

En estos hay número determinado. Aunque tal vez la caridad pasa el número; porque no es fácil poner término, ni tasa a tan alta caridad, como la que allí se profesa. Lo mismo debe de suceder en otros muchos conventos.

10. Yo creería cierto, que en el de religiosas no había de exceder de treinta, ni bajar de veinte; y en el de religiosos no había de exceder de cincuenta, ni bajar de treinta a veinte, más, o menos, en muy poca diferencia.

Esto es hablando de los conventos comunes; porque en las cortes de los reyes, y en los noviciados, y estudios, y otras comunidades de este género, y en los monacales, no puede darse número, y regla fija. Y aun en todos hay tantas razones, ya de caridad, ya de prudencia, ya de necesidad, que alteran estas reglas; que con haber dispuesto sobre esto los pontífices con gran celo, y despachando diversos Breves, por que no haya más religiosos de los que se puedan sustentar, no puede la ejecución moralmente reducirse a las órdenes del celo.

AVISO III

Para los Carmelitas descalzos

Que traten poco con seglares, y esto para bien de sus almas

Notas

1. No de balde Dios mandó a su pueblo, que no tratase con alienígenas: *Alienigena non miscebitur vobis* (Num. 18, v. 4); por que no los corrompiesen las costumbres de la ley los de ajena ley. Más fácil es lo malo de traer a sí lo bueno, que lo bueno de llevar a sí a lo malo.

Esta fue la disputa de los ángeles buenos de Daniel. Decía el ángel del pueblo del Señor: Salga el pueblo de Caldea, que se pierden los buenos con los malos (*Dan. 10, v. 13*). Decía el de Persia: Quédese el pueblo de Dios, que se salvan muchos malos por los buenos. Venció el ángel del pueblo de Dios: y es señal que eran más los buenos, que se perdían por las malas compañías, que no los malos, que se ganaban por las buenas.

2. ¿Quién creerá, que un religioso Carmelita descalzo, que habla a un seglar distraído, no llevará a sí al seglar? Y tal vez el seglar, si no se lleva, por lo menos inquieta, y perturba al Carmelita descalzo.

Siempre volví menos hombre, cuando anduve entre los hombres, decía un siervo de Dios. En donde se ve, que tal es el hombre, pues con lo que había de ser más hombre, que es con andar entre los hombres, se vuelve menos hombre: esto es, más apartado de la perfección de hombre, y más cerca de las miserias de bruto.

3. Finalmente los colores de lo bueno, y de lo malo, nos dicen sus calidades. Blanco es lo bueno, negro es lo malo; y lo blanco fácilmente se hace negro, pero lo negro dificultosísimamente, y por milagro se puede teñir en blanco: y así fácilmente toma el hombre, aun siendo bueno, de lo negro, y de lo malo.

4. La regla es: *Traten poco con seglares*. Pero luego añade la limitación: *Y esto poco para bien de sus almas*.

Con estos dos avisos los hace sumamente perfectos, y espirituales, y conformes a su santa profesión. Porque con lo primero sólo, si no tratan con seglares nada, quedaban contemplativos, y no más; pero con lo segundo, quedan no sólo contemplativos, sino activos. Siendo contemplativos sólo, dejaban de ejercitar la caridad con los prójimos, propia vocación de sacerdotes: activos sólo, y tratando sobrado con los seglares, dejaban la contemplación de anacoretas; pero con lo uno, y con lo otro, son en la caridad sacerdotes, y activos, y en la contemplación anacoretas, y contemplativos; y cumplen con entrambas profesiones.

5. Y así no dice la Santa, que no traten con seglares, sino *Sea poco, y eso bueno, para bien de sus almas*; insinuando, que en esta santa profesión del Carmelo lo mucho ha de ser de soledad, y la abstracción, lo poco la conversación; pero que aquello mucho estaría mal en esto poco; y esto poco si crecía, embarazaría a aquello mucho, y se saldrían de su vocación.

Es como si dijera la Santa: Tengan mucha contemplación mis Carmelitas; y tanta, que salgan de la oración centelleando en amor divino: y cada palabra del Carmelita descalzo, y de la Carmelita descalza sea una brasa, que abrase a los corazones en el amor del Señor: sea un fuego que los alumbré, y encienda, y guíe, y encamine a lo mejor, y desta suerte el Carmelita volverá de su color al seglar, y no el seglar al Carmelita.

AVISO IV
para las Carmelitas descalzos
Que enseñen más con obras, que con palabras

Notas

1. Este es consejo evangélico, y no es mucho, que el Señor se lo dijese a la Santa, pues por eso dijo su divina Majestad: *Exemplum enim] dedi vobis, ut quemadmodum ego feci vobis; ita, et vos faciatis* (Joann. 13, v. 15): Yo obro, para que obréis; yo hago esto, para que a mí me sigáis.

La fe entra por los oídos; pero la virtud de la caridad, y sus ejercicios, y las virtudes suelen entrar por los ojos.

Si veo obrar, obro aquello que veo obrar. Y aun los mismos irracionales se dejan llevar por los ojos del ejemplo.

2. Yo sé ha habido animal, que viendo cada día envolver a una criatura, la sacó de la cuna, y se la llevó a un tejado, y la desenvolvía, y volvía a vestir, y fajar; y viendo a otro que hizo lo mismo, y la volvió a su lugar, volvió el animal a la cuna la criatura.

Los elefantes se enseñan a pelear en el Oriente, viendo pelear a los otros, y los persuade el ejemplo, lo que no puede la voz. Si en los brutos es poderoso el ejemplo, ¿qué será en los racionales?

3. San Francisco, el serafín de la Iglesia, pidiéndole que fuese, como solía, a predicar a la ciudad, llamó a su compañero, y con él la anduvo toda, los ojos bajos, las manos cubiertas, los pasos compuestos, los movimientos honestos, y se volvió a su convento, sin que hablara ni una palabra. Y preguntando por el sermón, dijo con espíritu admirable: *Esto es haber predicado*. Porque andar compuestos vosotros, es componer a la ciudad, y a los otros.

4. Pero es necesario advertir, que no dice la Santa, que obre tanto con palabras, sino: *Más con ejemplo, que con palabras*. Como quien dice: A media hora de decir, ha de dar el Carmelita veinte y cuatro horas de obrar. Al predicar con los labios media hora, predique con las obras veinte y cuatro.

Y aun mucho más viene a dar al obrar, que al predicar, de lo que va de media a veinticuatro; porque no cada día ocupa una hora en el sermón; pero cada día ocupa veinte y cuatro en su penitente, y abstraída profesión. Y así no ha de obrar al revés el Carmelita, hablar mucho, y obrar poco, sino el hablar ha de ser la guarnición; pero el campo de la vida espiritual, sea el obrar.

5. No ha de ser mayor (dicen los griegos) el *Parergon*, que el *Ergon*. Esto es, no ha de ser mayor la guarnición, que no el campo. Un cuadro de un palmo, y un marco, o guarnición de tres varas, hace notable desproporción. La guarnición del Carmelita es hablar poco, y bueno con seglares, y el campo es tratar mucho, y fervoroso con Dios; edificar mucho con las obras, y más con ellas (como dice la Santa) que con las palabras.

AVISO V

Plática, que hizo santa Teresa a sus monjas de la Encarnación de Ávila, cuando habiendo ya renunciado la regla mitigada, fue a ser prelada de aquel convento

1. Señoras madres, y hermanas mías, nuestro Señor, por medio de la obediencia, me ha enviado a esta casa, para hacer este oficio, de que estaba yo descuidada, cuan lejos de merecerlo.

2. Hame dado mucha pena esta elección, así por haberme puesto en cosa, que yo no sabré hacer, como porque a vuestras mercedes les hayan quitado la mano, que tenían para hacer sus elecciones, y les hayan dado priora contra su voluntad, y gusto, y priora que haría hartó, si acertase a aprender de la menor que aquí está, lo mucho bueno que tiene.

3. Sólo vengo para servir las, y regalarlas en todo lo que yo pudiere; y a esto espero que me ha de ayudar mucho el Señor. Que en lo demás cualquiera me puede enseñar, y

reformarme. Por eso vean, señoras mías, lo que yo puedo hacer por cualquiera, aunque sea dar la sangre, y la vida, lo haré de muy buena voluntad.

4. Hija soy desta casa, y hermana de todas vuestras mercedes. De todas, o de la mayor parte conozco la condición, y las necesidades, no hay para que se extrañen de quien es tan propia suya.

5. No teman mi gobierno, que aunque hasta aquí he vivido, y gobernado entre Descalzas, sé bien, por la bondad del Señor, cómo se han de gobernar las que no lo son. Mi deseo es, que sirvamos todas al Señor, con suavidad; y eso poco que nos manda nuestra regla, y constituciones lo hagamos por amor de aquel Señor, a quien tanto debemos. Bien conozco nuestra flaqueza, que es grande; pero ya que aquí llegamos con las obras, lleguemos con los deseos; que piadoso es el Señor, y hará que poco a poco las obras igualen con la intención, y deseo.

Notas

1. Esta plática hizo santa Teresa el año de 1571, después de haber fundado algunos conventos de Descalzas, cuando para gobernar el de la Encarnación de Ávila, de donde era hija, la hizo priora el reverendo padre maestro fray Pedro Fernández, de la Orden de santo Domingo, visitador nombrado por la santidad de Pío V para la provincia de Castilla, de la Orden de nuestra Señora del Carmen; y la Santa, como estaba sujeta a su obediencia, se rindió a servir el oficio.

2. Sintieron gravemente las religiosas esta elección. Lo primero, porque les quitó el padre visitador la que les tocaba, y la hizo sin su consentimiento; y siempre conviene que las prioras sean hijas de la elección de las súbditas, para que las amen como a hijas de su elección, aunque les sean madres en la jurisdicción.

3. Lo segundo, porque habiéndolas dejado la Santa para fundar la Descalcez, tenían alguna ocasión de sentir que se la diesen por priora; pues haber salido, siendo súbdita, del convento (aunque fuese con altos fines) y volver a ser prelada, a cualquiera que no fuese espiritual haría disonancia.

4. Lo tercero, porque con espíritu de Descalza gobernar Calzadas, les parecía que había de ser estrecho, y riguroso el gobierno. Sólo el mandar acongoja, y estrecha los ánimos; ¿que será mandar una Descalza a muchas Calzadas?

5. Repugnaron al principio el admitirla, pero al fin se rindieron las más prudentes, y ancianas; y todavía quedando algunas de las que en los conventos llaman las valerosas, juntándose la comunidad en el coro, puso la Santa (para rendirlas discretamente) en la silla prioral una imagen de bulto de nuestra Señora, y ella se asentó a sus pies. Y cuando todas aguardaban una plática de culpas con grandes rigores, y preceptos, les hizo la que precede a esta nota, que sin dada fue discreta, espiritual, y prudente.

6. Es *discreta*; porque escogió los medios más suaves en su discurso para ablandar los ánimos de las fuertes, conservar el de las ganadas, y acabar de inclinar, y rendir a las dudosas. Diciendo: *Que no venía a gobernar, sino a ser gobernada: que era la menor de*

todas: que era hija de aquella casa: que sólo había de tratar de su regalo, y otras cosas deste género.

7. Es *espiritual*; porque desde luego entra con que *nuestro Señor la envía, y la obediencia: y que con mucha suavidad se hará el servicio de Dios: y que si no llegan las obras a los deseos, nuestro Señor recibirá los deseos, y mejorará las obras.*

8. Es *prudente*; porque previene los temores del gobierno, y les da luz de que ha de ser apacible, blando, suave, y dulce: que solo ha de tratar de socorrer sus necesidades; y que así como a madre, y con esa confianza se las manifiesten: conque las va ganando las almas por los cuerpos.

9. Esta fue una copiada imitación del gobierno del Verbo eterno encarnado. No entró con rigores, como en la ley vieja al dar las Tablas a Moisés, sino desde un pesebre con luces, dulzuras, y músicas de ángeles, humildad de pastores, y adoraciones de reyes, padeciendo con nosotros, para irnos ganando con los comunes trabajos, y que lo amásemos, no como a nuestro rey, ni como a Dios nuestro sólo, sino como a nuestro compañero.

10. Después cuando se manifestó su divina Majestad a los treinta años, acudió como otros a ser bautizado al Jordán; y ordenó que san Juan le llamase cordero, y no león en el desierto. Hizo el milagro de las bodas de Caná, el de la pesca de san Pedro, el de los panes dos veces, acreditando su gobierno primero con suavidad, y la liberalidad, para que después pudiese esta nuestra naturaleza, ganada con el agrado, y los beneficios, tolerar la disciplina de las pláticas severas que hizo, y de la reformación que introdujo en Jerusalén.

11. El arte, y espíritu de poner la Santa a la Virgen en la silla prioral fue grandísimo; porque admiradas con una cosa tan impensada, y poniendo las monjas los ojos en la Reina de los ángeles, se templaban los ánimos de las unas, se atemorizaban las otras. Unas se enternecían, y otras, y aun todas lentamente se ablandaban.

12. Y así como fue la disposición, y la plática, correspondió el suceso; porque de allí salieron consoladas, y comenzaron a respirar de los temores que habían concebido, y todo se volvió confianza; y a la prelada que con temor miraban como a enemiga, ya la miraban como a amiga, y poco después como a madre: y dentro de tres años que gobernó, puso tal aquel convento, que no sólo las desempeñó en las materias de hacienda, y las reformó en las de su regla, y constituciones (Tom. 1, l. 2, c. 49, n. 15), sino que como dice la Corónica la siguieron a la Descalcez veinte y tres monjas, que después resplandecieron admirablemente en ella en todo género de virtudes. Y el convento de la Encarnación de Ávila quedó tan enamorado de su madre, y de su hija (que uno, y otro fue la Santa) que no sólo dio a la sagrada reforma a la madre (pues fue hija de aquel convento santa Teresa) sino tan gran número de hijas, que casi podía decirse, que encarnó la Descalcez en el convento de la Encarnación, o el convento de la Encarnación encarnó en la Descalcez. Y así no me admiro de lo mucho que los padres Descalzos, y madres Descalzas aman, y estiman aquel santo convento.

13. De allí a algunos años la volvieron a elegir por priora las religiosas de la Encarnación a la Santa, hallándose en Ávila el año de 1577. Pero siendo así que al principio se los hicieron recibir por priora el visitador, y sus prelados, después no quiso el provincial que

lo fuese; y pleitearon las monjas que lo había de ser, hasta llevar al Consejo real la causa, defendiendo su elección.

14. En esto se manifiesta, cuán entrañable amor tuvieron de allí adelante a la Santa sus hijas de la Encarnación: siendo ejemplo bien notable de la variedad de los juicios humanos, ver que cuando las religiosas no la querían por priora por dudosos efectos, hizo el visitador con consentimiento del provincial, que lo fuera; y cuando no la quería el provincial, pudiendo esperarlos buenos, pleitearon las religiosas que lo había de ser.

15. Y para todo había alguna razón. Para lo primero de repugnarlo ellas; porque temían una elección irregular, que no venía por su parecer. Y para esforzarlo él, porque deseaba darles con una elección irregular un gobierno regular.

Para lo segundo, que era desear ellas que volviera a ser priora, porque las religiosas, habiendo experimentado el gobierno de la Santa, lo buscaban. Y el provincial para que no lo volviese a ser, porque estaba ya exenta la Santa de los padres Calzados, y así no venía en que fuese priora de las Calzadas, la que no era sujeta a los Calzados, que gobernaban a las Calzadas. Y no le parecía buen orden de gobierno, ni lo es comúnmente, que esté exenta la priora del gobierno superior, estando sujetas las súbditas a aquel mismo superior gobierno, de que está exenta la priora.

16. Esta variedad de dictámenes justifica las resoluciones encontradas: y así es bien, que en casos semejantes ande muda, o modesta la censura de las que en esto reparan, o de ello se escandalizan.

17. Finalmente de esta plática podemos aprender, cuán cierta es la máxima de gobierno, de que la suavidad, y humanidad es el medio más eficaz para todos los aciertos: y que para que puedan tolerar el peso de la jurisdicción los inferiores, es menester que se lo temple el agrado de los superiores, y que la más fuerte cadena para mantener a los súbditos en obediencia, son los vínculos del amor del prelado, y que en faltando esta (que es de oro) con ser de hierro la cadena del temor, todavía es menos fuerte, y más débil, rota siempre de la desesperación; y que por eso dijo David a Dios: *Illumina faciem tuam super servum tuum, et voce me justificationes tuas* (S. III, v. 135). Como si dijera: Muéstrame, Señor, agrado, y alegría en tu rostro, y haz de mí lo que quisieres.

AVISO VI

Breve plática, que santa Teresa hizo al salir de su convento de Valladolid, tres semanas antes que muriese

1. Hijas mías, harto consolada voy desta casa, y de la perfección que en ella veo, y de la pobreza, y de la caridad, que unas tienen con otras: y si va como ahora, nuestro Dios les ayudará mucho.
2. Procure cada una, que no falte por ella un punto lo que es perfección de religión.
3. No hagan los ejercicios della como por costumbre, sino haciendo actos heroicos, y cada día de mayor perfección.

4. Dense a tener grandes deseos, que se sacan grandes provechos, aunque no se puedan poner por obra.

Notas

1. A este santo convento de Valladolid, sin conocerle, le tengo grandísima afición, y devoción; porque veo, que la Santa se la tuvo grandísima, y estuvo muchas veces en él, y con sus hijas, y las amaba tiernamente.

Y sin duda le dejó (como su padre Elías a Eliseo), (4, Reg. 2, v. 15) al irse, grande parte de su espíritu en su capa; y ya que no doblado espíritu que tenía la Santa, como allí, por lo menos muy imitador de sus altas perfecciones.

2. Al despedirse las alaba de dos cosas, y luego las encarga tres.

Alábalas en que anden en pobreza, y en caridad: y estoy pensando, que andaban en caridad, porque andaban en pobreza. Porque si todo era pobreza santa, y voluntaria en el convento, y no había dentro dél interés propio, que es el padre de la discordia, y desorden, ¿cómo no habían de vivir en caridad, en conformidad, y orden?

3. Pero advertimos, que la Santa no habla sólo de la pobreza de alhajas que había en aquel santo convento; porque esa no basta para que haya paz, unión, y caridad, pues estando pobre el convento, pueden andar los deseos encontrados, y arder todo el convento en discordias sobre el mandar, sobre el querer, sobre el no querer, sobre el hablar, sobre el obrar, sobre el desear; sino que la pobreza que la Santa alaba en este santo convento, y por lo que debemos creer que vivían en caridad, era por la pobreza de deseos, y de espíritu, que es de la que habló el Señor, cuando dijo: *Beati pauperes spiritu, quoniam ipsorum est regnum cælorum* (Matth. v. 5): Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de esos es el reino de los cielos.

4. Eran estas monjas de Valladolid (y hoy tengo por cierto que lo son) unas monjas, que no deseaban cosa alguna, sino sólo a Dios. No deseaban cosa criada, sino sólo a su Criador: no deseaban sino no desear, ni querían sino no querer. Eran unas monjas tan pobres de corazón, que no tenían en él más deseo que de agradar a Dios; y con eso Dios que vio sus corazones desocupados, entrose en ellos: y como Dios es todo amor, y caridad, paz, y consuelo, y en cada una estaba Dios, teníanse unas a otras grandísimo amor en Dios, y hallábanse con grande consuelo, y paz.

5. Y se ve, que la Santa, conociendo que estaban tan adelantadas en el espíritu, y con tanta caridad, les dejó encomendadas tres cosas, que todas miran, no tanto a la ley, y a la obligación, cuanto a una altísima perfección.

6. La primera: *Que cada una procure, que no falte por ella todo lo que es perfección de religión*. Perfección dijo, que lo que es la regla, asentado está que la guardaban; sino que sobre la regla levantasen el edificio de la perfección, como el contrapunto sobre el canto llano, y lo mejor sobre lo bueno, y lo máximo sobre lo mayor.

7. Y no dijo, que todo el convento haga esto, sino cada una; porque era gran precepto hablar con todo el convento, que siga la perfección. Y como gran bocado lo dividió en

partes, y cogiolas por el modo más suave, hablando con cada una sola; conociendo que obrando cada uno lo perfecto, quedaba perfecto todo el convento.

8. Como si dijera: Hijas, cada una procure ser santa, y será todo el convento muy santo. Todo junto parece dificultoso, mas dividido por partes, es fácil; y con eso estas partes lo hacen santo a todo junto. Cada hormiga apenas puede con cada grano, y trabajando por traer su granito cada hormiga, hacen un granero tan copioso, que se sustentan todo el año. Lo que es poco dividido, es muchísimo congregado. Y así, hijas, sean como hormiguitas de Dios, pues el Espíritu Santo envía a las almas a que aprendan de la hormiga (Prov. 6, vers. 6). Cada una me traiga un grano, y sea el grano aquel grano soberano, celestial, y sacramental, lleno de gracia, y autor de todas las gracias: a este sirvan, a este amen, y a este adoren por amor, no por costumbre sin amor, sino con una amorosa, y dulcísima costumbre, que no sepa alentar, ni vivir sin este amor.

9. El segundo documento, que aquí apunta, es espiritualísimo, digno de que todos lo grabemos en las almas, y es: *Que no hagamos lo bueno como por costumbre*. Como si dijera: Hijas, hagan con la presencia de Dios, lo que suele hacerse sin su presencia por costumbre. Aquello que se hace, porque se suele hacer, háganlo por sólo agradar, y servir a Dios. No me contento con la intención habitual, ni virtual, sin la actual. Hagamos las cosas, considerando, que hacemos las cosas por Dios. No hagamos las cosas por Dios, sólo porque la costumbre nos lleva a hacerlas, sino porque nos lleva a ellas el amor: no porque lo manda la regla sólo, sino porque lo manda el amor de Dios, que es el que anima, y da espíritu a la regla. Tengan por regla el amor de Dios. Hagan de su amor su regla. No sólo le demos la voluntad, sino también la memoria, porque voluntad sin memoria es muy tibia voluntad. Este modo de obrar es muy alto, y soberano, y sobrehumano; y así aprendamos todos este celestial modo de obrar tan divino, y soberano.

10. El tercero documento es excelentísimo, y no menos anagógico, y es: *Que siempre excedan sus deseos a sus obras, cuando no puedan llegar sus obras a sus deseos*. Como quien dice: A Dios hemos de dar las obras en lo que podemos; pero los deseos en todo aquello que podemos, y no podemos. Al obrar, como humanos; al desear, como divinos. Al obrar, no puede el hombre sino limitadamente; al amar, y al desear desee, y ame sin limitación alguna. Lo que no puede la mano, desee mi corazón, para que Dios reciba por los deseos el corazón, y la mano. Bien pueden otras servir más, pero cada una desee hasta lo que Dios le da. Porque la que menos sirve, si no puede más servir, por lo menos bien puede desear, obrar, amar, y servir, como aquellos que le sirven más.

11. A Daniel le decía el Señor, que porque deseaba mucho, y era *varón de deseos*, lo quería mucho su divina Majestad (Dan. 5, v. 23); porque el Señor, cuando se le sirve en verdad, y se hace lo que se puede al obrar, se contenta, y alegra con los deseos, y recibe el desear, como el obrar.

He oído decir, que solía decir santa Teresa: *Señor, que haya otros que os sirvan más que yo, pasaré por ello; pero que os quieran más que yo, y os deseen servir más que yo, no lo tengo de sufrir*.

12. Este axioma les dejó testamento a las monjas de Valladolid, y a todas las del Carmelo, y aun a toda la Iglesia junta. Que no haya tasa en los deseos, y se abrasen calla día más, y más sus deseos con la ansia de hacer perfectas las obras. Como si dijera: Señor, que otros os sirvan más, pase; porque conozco que soy flaca, y pobre de obras; pero que os amen más, ni os deseen servir más, no lo sufren mis deseos.

13. No digo Señor, que os sirvo, pero vos sabéis que os amo. ¡Oh quien igualara las obras al amor, y a los deseos! El serviros es de mi naturaleza torpe, y flaca; el amaros es de vuestra gracia dulce, piadosa, amorosa: venza, Dios mío, vuestro amor, y esa gracia tan piadosa, y amorosa a esta mi naturaleza pobre, y flaca.

14. Finalmente, Señor, si no tengo el amaros, tengo el desear amaros, y si no tengo el serviros, tengo el desear serviros: pase, Señor, mi flaqueza del deseo a la posesión, y del amor a las obras.

AVISO VII

Que dio la Santa a una religiosa de otra Orden

1. A quien ama a Dios como vuestra merced todas esas cosas le serán cruz, y para provecho de su alma, si vuestra merced anda con aviso de considerar, que sólo Dios, y ella están en esa casa.

2. Y mientras no tuviere oficio, que la obligue a mirar las cosas, no se le dé nada dellas, sino procurar la virtud, que viere en cada una, para amarla más por ella, y aprovecharse, y descuidarse de las faltas, que en ellas viere.

3. Esto me aprovechó tanto, que siendo las monjas, con quien estaba, muchas en número, no me hacían más al caso, que si no hubiera ninguna, sino provecho. Porque en fin, señora mía, en toda parte podemos amar a este gran Dios. Bendito sea él, que no hay quien pueda estorbarnos esto.

Notas

1. Este aviso de santa Teresa es muy sustancial, y dicen que era como jaculatoria suya, y que por ser tan útil, repetía algunas veces: *Piense el alma, que sólo Dios, y ella están en el mundo.*

Habla aquí de los cuidados del alma, de los deseos del alma, y de la intención del alma, y de la atención del alma.

2. De los cuidados del alma, es como si dijera: Cuida, alma, sólo de Dios, porque Dios sólo es a quien debes tu cuidado; porque todos los cuidados desta vida sólo se han de poner en la eterna. Sólo sea tu cuidado de Dios, que Dios cuidará de ti. Si a otra cosa necesaria, y forzosa dieres honestamente el cuidado, sea sólo el exterior; pero el interior, y del alma, sólo a Dios. En Dios, y por Dios has de poner en las cosas tu cuidado. ¿Qué temes, alma? ¿Qué esperas sin Dios? ¿Mas qué no debes temer sin Dios? ¿Y qué culpas

recelar luego que te falte Dios? Témelo todo sin Dios; todo lo esperes, con Dios. Tiembla siempre de ofenderle. Sea toda tu esperanza amarle, y tu cuidado agradecerle.

3. En las cosas de tu alma, Dios solo sea todo, y del todo tu cuidado; y en cuanto al cuerpo dale lo necesario, y no más, sin quitarle cosa a Dios, ni a tu alma. Más conseguirás cuidando sólo de Dios, que no cuidando de ti: porque cuidando de ti sin Dios, pierdes a Dios, y no te ganas a ti, siendo la última de las desdichas estar el alma sin Dios.

4. Por el contrario, cuidando sólo de Dios, le obligas a que cuide Dios de ti. Mira lo que va de tu mano a la mano omnipotente de Dios; lo que va de una a otra providencia, eso va, alma, a que cuide Dios de ti, o que tú cuides de ti, descuidándote de Dios.

¿Por ventura crees, que si tú cuidas de Dios, descuidará Dios de ti? No así, alma; antes bien cuidará Dios tanto mas de ti, cuanto cuidares tú más de Dios, y cuides menos de ti.

5. De los deseos del alma habla la Santa, diciendo: *Que haga cuenta, que en esta vida no hay otra cosa sino Dios.* Y si en esta vida no hubiera otra cosa sino Dios, no había otra cosa que pudiese el alma desear en esta vida sino a Dios.

Como si dijera: Haz cuenta, alma, que no hay más en esta vida, sino tú, y Dios; Dios para ser deseado, y amado; y tú para amar, desear, servir, y agradecer a Dios. Todo lo que no es Dios, alma, no lo mires, no lo desees, porque todo lo que no es Dios, más merece el olvido, que el deseo.

6. Aunque haya infinitas cosas en el mundo, que pueda apetecer el deseo, no ha de haber más que Dios sólo a quien se entregue el deseo: todo lo demás sea objeto, y materia de tu olvido, pero no de tu deseo.

¿Para qué hay que desear lo que buscándolo nos fatiga, poseído nos embaraza, gozado nos engaña, y amado con propiedad nos condena, o nos enlaza? Todo esto hacen, alma, los deleites desta vida.

Haz cuenta, alma, que en esta vida no hay sino Dios, y tú. Dios para ser adorado, y tú para que lo adores: y así ocupa en él tus deseos, tu amor y toda tu ansia, y solicitud. Busca a un Dios, que te consuela al buscarlo, te recrea al poseerlo, que te deleita al gozarlo, y que te premia al hallarlo, y te corona al servirlo.

7. De la intención del alma habla la Santa, diciendo: Que sólo te dé la intención a Dios, y que todo lo haga por servirle, y agradecerle; y que aunque le dé la ocupación al oficio, a la profesión, al ejercicio, a lo humano, le dé la intención a lo divino: y que para esto haga cuenta, que en todo el mundo no hay otra cosa, sino Dios, y el alma. Como si dijera: Alma, dale tu intención, y tu corazón a Dios sólo; y en todo cuanto obrares, cuanto pensares, cuanto hablares, sólo procurara buscar, y agradecer a Dios.

Todo lo has de hacer por Dios, con Dios, para Dios. Limpia bien la vista de tu intención, y será pura tu acción. No obres cosa, que no sea para Dios; y no obrarás cosa, que no sea muy de Dios. Si ella es pura, y sólo desea agradecer a Dios, lejos estará de obrar cosa en que desagrade a quien desea servir, amar, y agradecer, que es Dios.

8. En cuanto a la atención, que está muy cerca de la intención, y nada della, y del deseo; significa, que no sólo le dé el alma la intención a Dios, sino en cuanto pudiere le dé la actual atención: y que la vista, y la mira, y los ojos del alma sólo estén mirando a Dios, y atienda a los movimientos interiores de su alma, y a las santas inspiraciones del Espíritu divino: y no sólo obedezca la voz, sino las señas de su Dios, y su señor.

AVISO VIII

Para sacar fruto de las persecuciones

1. Para que las persecuciones, e injurias dejen en el alma fruto, y ganancia, es bien considerar, que primero se hacen a Dios, que a mí; porque cuando llega a mí el golpe, ya está dado a esta Majestad por el pecado.

2. Y también, que el verdadero amador ya ha de tener hecho concierto con su Esposo de ser todo suyo, y no querer nada de sí: pues si él lo sufre, ¿por qué no lo sufriremos nosotros? El sentimiento había de ser por la ofensa de su Majestad, pues a nosotros no nos toca en el alma, sino en esta tierra deste cuerpo, que tan merecido tiene el padecer.

3. Morir, y padecer, han de ser nuestros deseos.

4. No es ninguno tentado más de lo que puede sufrir.

5. No se hace cosa sin la voluntad de Dios. *Padre mío, carro sois de Israel, y guía dél*, dijo Eliseo a Elías (4, Reg. 2, v. 12).

Notas

1. Todas estas máximas son celestiales, y requieren un comentario: y así es lástima reducirlas a la clausura de notas.

2. La primera, es consideración de una alma, que como buena enamorada de Dios siente más las ofensas de Dios, que las suyas; antes siente las suyas, por el dolor de las ofensas de Dios.

Cuando a un enfermo le aflige un dolor vehementísimo, no siente los dolorcillos pequeños, que fatigan a su cuerpo; porque todo el sentimiento se lo lleva el gran dolor. Así ha de ser, cuando ofendiendo a Dios, me ofenden a mí; porque no he de sentir mi pena, sino la culpa con que se le ofende a Dios.

3. Es verdad, que lo ordinario (en mí particularmente) es todo lo contrario. Porque cuando con una misma herida, o golpe ofenden a Dios, y a mí, siento muchísimo mi ofensa, poquísimo la de Dios. Esto nace de que se va el dolor a donde están los sentimientos del amor: y como yo me amo a mí mucho, y a Dios poco, siento mucho que me ofendan, y muy poco que ofendan a Dios. Al revés fuera, si mi amor estuviera, y fuera a Dios, y mi aborrecimiento en mí, y a mí.

4. No había de ser así en mí, como es en mí, sino que abrasado en amor de Dios, no sólo no había de sentir yo mis penas, sino conformarme con las penas, y abrazar el penar; pues que también pena Dios con ofenderle al pecar, el que me causa las penas. Porque lo que

hace el amor, es conformar los amados por la unión de voluntad, y hacerlos unos por el amor: y pues padece mi amado, justo es que padezca yo.

Con esto se quitan los odios, los rencores, y las venganzas. Porque si yo no siento mi pena, no aborrezco; y si siento la pena que padece el Señor por la culpa, suspiro, padezco, y ruego por el culpado, para que llore, y cesa su culpa, y la pena del Señor.

5. En el segundo número, ya que en el primero lleva al alma a la paciencia por el amor del Señor, la lleva por su santa voluntad a la misma paciencia, y dice: *Que pues su divina Majestad quiere sufrir, también ha de sufrir el alma*. La cual, si ama, sólo ha de querer aquello que quiere Dios, que es su amado, y su amador: y el Señor siempre junta el amar con el sufrir.

6. Dios quiere padecer, pues yo quiero padecer. Dios sufre sus penas, pues yo las mías. Dios quiere que yo padezca, pues yo quiero padecer. Si no tengo yo otro querer que el de Dios, ¿qué puedo yo querer sino lo que quiere Dios? No sólo no quiero querer, pero me falta la facultad de querer, por lo menos deseo no querer, sino lo que quiere Dios.

Sea al gozar, sea al penar, sea al vivir, sea al morir, sólo quiero aquello que quiere Dios. Él mire lo que quiere que yo quiera, porque yo sólo quiero querer aquello que quiere Dios.

7. En el mismo número ofrece otro motivo al padecer con paciencia muy discreto; y es, que pues Dios, siendo inocente, y la misma inocencia, padeció en el cuerpo, y en el alma, y en su modo padece hoy las culpas en el alma, cuando con ellas les ofenden; ¿por qué yo no padeceré en el cuerpo, y en el alma, siendo yo materia tan digna de padecer, como donde se han criado con el apetito torpe, y malas inclinaciones las culpas, que son tan dignas de ser castigadas, y reformadas con llenar, y padecer? Como si dijera: Cuando está padeciendo, y padeció la misma inocencia, que es Dios, ¿por qué no padeceré yo, siendo yo la misma culpa? Y más cuando con el padecer se llega a satisfacer los delitos de la culpa.

8. Por eso, padeciendo grandes dolores un hombre discreto, pecador ya penitente, y contrito, le decía a Dios voceando, que se los repitiese más, y más; mirándolos como a remedio de su daño, clamaba: *Entren penas, Señor, y salgan culpas*. Como si dijera: Entren penas en el cuerpo, y salgan culpas del alma. Es purgatorio el penar en esta vida, que quita culpas con penas: como en el purgatorio salen del alma las señales, y reato de la culpa, con la pena que padece, purificándose el alma.

9. En el tercero repite su santo mote: o MORIR, o PADECER; del cual tocamos algo en las notas a la carta 27, núm. 5, y 6. Sólo advierto, que aquí la disyuntiva, *o*, hizo conyuntiva, *y*; porque no dice: *O morir, o padecer*, sino: *Morir, y padecer*.

Por eso un conocido mío a los que repetían el mote de la Santa, *O morir, o padecer*, les respondía: *Y morir, y padecer*; uno, y otro habrá de ser, porque en esta vida llena de trabajos, todo es morir padeciendo, y padecer muriendo.

10. La Santa en este lugar mudó la disyuntiva en conyuntiva; porque como da documento de paciencia, pone a la vista el daño con el remedio; y en esta vida no sólo es pena el morir, sino el padecer también al vivir para morir.

De suerte, que primero se padece, y después se muere; y de toda esta pena de morir, y padecer, de padecer, y morir, es el remedio que sea por Dios, no sólo el morir, sino también el padecer, y holgarnos de padecer, y morir por Dios; y más cuando sabemos, que no seremos tentados de la fidelidad del Señor, sino según aquello que podremos tolerar: *Non patietur vos tentari supra id quod potestis* (1, Cor. 10, v. 13), como advierte la Santa en el núm. 4.

11. Y más cuando no sólo su divina Majestad me lleva, como el carro al que va dentro, sino que me guía, como el carretero al carro, que eso quiere decir la Santa: *Carro sois de Israel, y guía dél*, dijo Eliseo a Elías (4, Reg. 2, v. 12); teniendo como buena hija escritas en el alma las luces que su padre dio a las almas.

Como si dijera: Dios me lleva sobre sí, y me guía, para que vaya con él. Esto es, él me da las fuerzas para que obre, y él me da luz para que vea, y él me alienta, y me sustenta, conforme a lo que dijo a sus discípulos: *Ecce ego vobiscum sum* (Matth. 28, v. 20); y en otra parte: *Sine me nihil potestis facere* (Joan. 15, v. 5).

12. Aquí explica la Santa los efectos admirables de la gracia; porque Dios enamorado del alma, lo hace casi todo con su gracia, y por su gracia.

Porque Dios me escita, Dios me levanta, Dios me despierta, Dios me lleva, Dios me anima, Dios me encamina, Dios me abre los ojos, Dios me cura, Dios me sana, Dios me mueve, Dios me aconseja, Dios me enseña, Dios me vence, Dios me convence, Dios me triunfa.

Finalmente, como decía san Pablo: No yo, sino la gracia de Dios conmigo: *Non ego, sed gratia Dei mecum* (1, Cor. 15, v. 10). Esto es: yo le doy la voluntad. Yo obro, pero Dios me da que yo obre, y me da que pueda obrar por Dios, con Dios, para Dios.

AVISO IX

Para el padre provincial

1. Este día (que es domingo de Cuasimodo) me mandó esta presencia de nuestra santa Madre, que diga a vuestra paternidad muchas cosas, que ha un mes que me las dio a entender; y porque tocaban a vuestra paternidad las dejaba de escribir, para cuando me viese con vuestra paternidad porque es imposible poder decir lo que se me ha dicho por menudo; y así sólo diré aquí algo, para que no se olvide todo. Lo primero: «Que no se escriba cosa, que sea revelación, ni se haga caso dello; porque aunque es verdad, que muchas son verdaderas; pero también se sabe, que son muchas falsas, y mentirosas; y es cosa recia andar sacando una verdad entre cien mentiras; y que es cosa peligrosa, y para ello me dio muchas razones.

»2. La primera, que cuanto más hay deste modo, más se desvían de la fe; la cual luz es más cierta, que cuantas revelaciones hay.

»3. La segunda, que los hombres son muy amigos desta manera de espíritu, y santifican fácilmente el alma que las tiene; y es negar el orden, que Dios tiene puesto para la justificación del alma, que es por medio de las virtudes, y el cumplimiento de su ley, y Mandamientos».

4. Dice: «Que vuestra paternidad ponga mucho en atajar esto, cuanto pudiere, porque importa mucho. Y que por la mayor parte somos las mujeres muy fáciles de dejarnos llevar de imaginaciones; y como falta la prudencia, y letras de los hombres, para poner las cosas en lo que son, tienen mayor peligro desto.

»5. Y por esto dice, que le pesará lean mucho sus hijas sus libros, particularmente el grande, que trata de su vida; porque no piensen que está en aquellas revelaciones la perfección, y con esto las deseen, y procuren, pensando imitarla.

»6. Por esta manera dio a entender muchas verdades, que lo que ella tiene, y goza, no se lo dieron por las revelaciones que tuvo, sino por las virtudes. Y que vuestra paternidad va estragando el espíritu a sus monjas, entendiendo les hace bien en darles lugar a esto. Y que es menester, aunque haya algunas que las tengan, y muy ciertas, y verdaderas, que se les deshaga, y haga que se repare poco en ellas, como cosa que vale poco, y que a veces impiden más que aprovechan. Y ha sido esto con tanta luz, que me ha quitado el deseo que tenía de leer el libro de nuestra santa madre».

7. Esta presencia de nuestra santa madre advierte: «Que en estas visiones imaginarias, sin que vayan juntamente con las intelectuales, puede haber más sutil engaño. Porque lo que se ve con los ojos interiores, tiene más fuerza, que lo que se ve con los ojos del cuerpo. Y que, aunque nuestro Señor regala algunas veces a las almas desta manera, para grandes provechos, es cosa peligrosísima, por la gran guerra que puede hacer el demonio a gente espiritual para cosas malas por este camino del espíritu, en especial cuando hay propiedad en ellas. Y que en esto habrá seguridad, cuando cree más a quien la rige, que a su propio espíritu. Y que el espíritu más subido es el que aparta de todo sentir sensual».

Notas

1. Gobernar los santos patriarcas de las religiones en la tierra sus Órdenes, y provincias, siempre ha sucedido; pero en muriendo sueltan la jurisdicción, y sucede la intercesión, y lo que aquí gobernaban con la fuerza de su ejemplo, y de su voz, alientan, y aseguran, y favorecen la presencia divina con sus oraciones, pidiendo siempre por los hijos, y hijas de su santa profesión.

Sólo a santa Teresa parece que la ha privilegiado Dios, con que gobierne desde el cielo, y diversas veces se ha aparecido, dando consejos, direcciones, órdenes, y avisos para el gobierno universal de sus hijos, y sus hijas.

2. Algo de esto ha sucedido a otros patriarcas, como a san Francisco, serafín de la Iglesia, que tres años después de muerto tuvo Capítulo a sus religiosos en una casa particular:

pero no sé, si se ha visto en las eclesiásticas historias con tanta frecuencia, como en la Santa.

3. Apareciöse muchas veces a una religiosa de Veas de admirable espíritu, llamada Catalina de Jesús: de la cual hablan las corónicas como de una de las más raras en santidad, y perfección de toda la reforma. Véase el capítulo 32 del libro 3 de su corónica, tomo 1 y el tomo 2, libro 7, desde el capítulo 13 en adelante, donde se escribe la prodigiosa vida desta venerable virgen, y especialmente el capítulo 30, donde se refieren estos, y otros muy importantes avisos, el cual texto seguiremos, por haber copiado de su mismo original.

4. A esta santa virgen le iba dando algunos avisos santa Teresa su madre, para que los advirtiese al provincial; y son tales, que se conoce que nacían del cielo, para mejorar la tierra.

5. El primero es el referido, el cual es aviso, y explicación; y la explicación, y el aviso son admirables: y bajado lo uno, y lo otro del cielo al suelo, es para llevar las almas del suelo al cielo.

Sin duda la oyeron con atención los padres, y hijos del Carmelo, porque resplandecen en el silencio, y negación a estas cosas; y a sus revelaciones les ponen el candado del silencio, diciendo: *Secretum meum mihi* (Isaiaë 24, v. 16): Mi secreto para mí, pues si las tienen, se las callan, y se niegan a ellas: y ellos, y su hijas viven en fe, y en esperanza, y en caridad, y en silencio, y esperanza, que es toda su fortaleza: *In silentio, et espe erit fortitudo vestra* (Isaiaë 30, v. 15).

6. Abrázanse con las revelaciones, y verdades reveladas de la Iglesia, que son al creer gobernarse por los artículos de la fe, y al obrar, por los Mandamientos de Dios, y de la Iglesia: y no tienen más revelaciones, que guardar sus santos votos, obedecer a sus superiores, como si en ellos miraran al mismo Dios, ser observantes en sus reglas, y constituciones. Viven mortificados, y humildes, tratan de lo eterno, desprecian lo temporal, toman de lo temporal sólo aquello que es forzoso para lo eterno: oran, lloran, gimen, acuden a Dios con penitencia, y fervor de espíritu, con abstracción, y retiro.

7. Tienen un retiro sin ociosidad, y con alta, y humilde contemplación: vacían el corazón de deseos, ahogan los deseos imperfectos al nacer en el mismo corazón, y fíanse todo de Dios, y de su gracia, y buscan en su gracia, y con su gracia al mismo Dios.

8. Obran en la vida teniendo presente a la muerte: miran a la muerte en las mismas ocasiones, y operaciones de la vida; sirven con seriedad, compunción, y alegría; tienen juicio, como quien teme el juicio; tienen cuenta con la vida, como quien la ha de dar después de su muerte; miran ahora al infierno, para no entrar después en el infierno; hacen de la celda cielo, para ir de la celda al cielo. Este modo de obrar, de vivir, de desear son seguras, y santas revelaciones; y esto hacen, y viven con estos avisos de su santa madre. La cual, con haber sido tan ilustrada de revelaciones en el suelo, todavía les enviaba desde el cielo estos útiles, santos, y perfectos documentos contra desear, y publicar las revelaciones.

9. Y aunque esta revelación de santa Teresa trae consigo (como hemos dicho) la explicación, y siendo suya basta, y sobra para su inteligencia, todavía no la tocaremos, sino que la retocaremos con algunas advertencias, que miren más a esforzar la atención de quien leyere tan importante doctrina, que no a declarar la revelación.

10. En el número primero, dice: *Que no se escriba cosa de revelaciones*: conque hace la Santa diferencia de tenerlas a escribirlas.

Que la beata, o devota, o religiosa, o espiritual tenga, o no tenga revelaciones, no está en su mano, y así no dice la Santa: *No tengan revelaciones*, sino: *No se haga caso dellas, y no se escriban las revelaciones*.

11. De suerte, que el tenerlas, o no tenerlas, no está en su mano; pero el escribirlas, o no escribirlas está en su mano; y si está en su mano el no escribirlas, ¿quién le metió en dar la mano al escribirlas, pasando al escribirlas desde el tenerlas? ¿Quién le metió en pasar la revelación de la cabeza a la mano, y de la mano al papel, y luego que anden volando con las alas de las hojas del papel por el mundo las revelaciones?

En esto pone moderación la Santa, en manifestar la revelación, no al confesor, que eso bueno es, sino al papel; porque eso suele ser peligroso, y es más peligroso hacerlo, porque está en nuestra mano dejarlo de hacer. Porque aquello es peligroso en nosotros, en donde se empeña la voluntad, no donde nos lleva la necesidad.

12. En el mismo número, siguiendo la Santa el mismo intento, hace una ponderación bien rara, y que enfrena mucho con ella a los que tuvieren afición a revelaciones. Porque dice: *Que aunque muchas son verdaderas, pero se sabe, que muchas son falsas, y mentirosas; y es recia cosa andar sacando una verdad entre cien mentiras*. Reparo en el modo del decirlo. *Muchas* (dice) *son verdaderas*. No dice: *Se sabe que son verdaderas*, sino: *Son verdaderas*. Pero al calificar las falsas, no se dice: *Son falsas*, sino: *Se sabe que son falsas*.

13. Y esto lo dice con gran misterio. Porque las revelaciones verdaderas son verdaderas delante de Dios; pero hasta que la Iglesia las califique, no se sabe que sean verdaderas, aunque sean verdaderas.

Pero las falsas, aunque son contrarias a la ley de Dios, y se desvían del amor de Dios, o de las reglas, y preceptos de Dios, no sólo son falsas, sino que luego se conoce, y se sabe, y se publica que son falsas, y hacen un ruido grandísimo en la Iglesia, como revelaciones falsas, y escandalizan la Iglesia.

14. De aquí se colige, cuán arriesgadas obran las almas, que por su propia voluntad andan sobre la maroma delgada de apetecer revelaciones, y cuán ruidosas serán siempre sus caídas, porque van a perder mucho, y ganar poco.

Pues si son verdaderas las revelaciones, aunque lo sean, hasta después de muertos no se declaran por verdaderas; y raras veces las declara a Iglesia: pero si son falsas, luego, y de contado, viviendo la visten del san benito de falsas. Y si esto es así (como lo insinúa la Santa) ¿quién se aventura a una afrenta de contado, por una honra muy incierta, y de fiado?

15. También se ha de advertir, que dice: *Que hay muchas verdaderas en la Iglesia*, para que no se obre con temeridad en el calificar, ni dar crédito a las revelaciones; así al condenarlas, como al oír las, y censurarlas, pues las que pueden ser falsas, pueden también ser verdaderas: y en la Iglesia, así como hay santos que aman a Dios, hay Dios que a estos santos tal vez les da a entender verdades reveladas, y ciertas; y ni se ha de condenar esto por imposible, que sería desatino, y aun error; ni por tan ordinario, porque sería ligereza.

16. Pero luego añade a esta regla una terrible limitación: *Y recia cosa es* (reparo en la palabra *recia cosa*, que aun en el cielo conservaba la frase, con que hablaba, y que usaba en la tierra) *recia cosa es andar sacando una verdad entre cien mentiras*.

Esta es muy notable calificación de la poca seguridad que hay en las revelaciones, y cuán peligroso es este camino: y es bien que lo oigan, lo lean, y lo entiendan con atención las almas, para huir de apeteecer semejante camino.

17. Porque no pagan las revelaciones a la verdad los diezmos, como se paga a la Iglesia, de diez uno, sino las primicias, y muy cortas, e inciertas, de ciento uno, y dudoso: y este es certísimo tributo.

De suerte, que de cien revelaciones, las noventa y nueve son falsas, y sola una es verdadera, en la opinión de la Santa. Y advertimos, que es esta una opinión, que la tiene en el cielo; y opinión que se tiene en el cielo, no es opinión probable, porque en el cielo se acabó lo probable, y se vive con lo cierto, y de allí anda ausente lo dudoso, y se vive con lo evidente. Y así como esta revelación sea la verdadera de las ciento (como yo propiamente lo creo, porque trae consigo excelentísima doctrina) y no sea de las noventa y nueve, en ese caso esta doctrina es, y será verdaderísima.

18. La verdad desta ponderación, y que no es ponderación, sino verdad, lo creará fácilmente cualquiera medianamente versado en la historia eclesiástica. Porque dejando a una parte las verdades reveladas de la fe, porque esas son sobre toda censura, y las formó Dios para reglas de la misma fe, si se contasen, o pudiesen contar las revelaciones verdaderas, y falsas que ha habido en el mundo, exceden más que a ciento por uno las falsas a las verdaderas.

Véanse las revelaciones falsas de los Nicolaítas, Agapetas, Maniqueos, Alumbrados, Origenistas, Montanistas, y otros infinitos monstruos, y véanse la máquina de revelaciones falsas de infinitos que han castigado por ser falsas revelaciones, aun no siendo herejes; y véanse las verdaderas de santa Brígida, y santa Catalina, y santa Teresa, y otros santos, y santas de la Iglesia, que no corresponden las verdaderas a una por ciento de las falsas. Y si no fuera por no salir de la clausura de las notas, podíamos traer innumerables ejemplos.

19. De aquí se sigue una consecuencia penosísima para el alma que las padece, y otra no menos penosa para el confesor que las averigua: *Que es recia cosa* (como dice la Santa) *andar sacando una verdad entre cien mentiras*.

Para el alma que las padece, o las apetece (que sería peor) es recia cosa andar rodeada de cien mentiras, para buscar una no necesaria verdad, cuando fuera peligroso andar rodeada

de cien verdades, como tuviese consigo una necesaria mentira, cuanto más una voluntaria mentira.

20. Porque si el camino del alma ha de ser todo de Dios, y de verdad: *In spiritu, et veritate* (Joan. 4, v. 23), ¿qué cosa más recia, que en camino de verdad andar una alma rodeada de mentiras, cuando una mentira basta para afean, y destruir el camino de la verdad?

Si a una persona, que ha de hacer un viaje importantísimo, y que le va la vida en hacerlo con seguridad, le guiase un hombre por donde hubiese cien caminos, que los noventa y nueve fuesen a un despeñadero, y el uno solo al lugar, cuando había un camino por otra parte claro, llano, cierto, seguro, descubierto, y real, ¿no tendría por demonio al que le pusiese en el primer camino, porque dejase el segundo?

Así el alma considere, que si de cien revelaciones las noventa y nueve son falsas, y la una verdadera, y en creyendo, o cayendo en una falsa se despeña, y no es fácil hallar la verdadera entre cien falsas, lleva un peligroso camino.

21. Para el pobre confesor es también recia cosa andar sacando (como dice la Santa) o entresacando una verdad entre cien mentiras; porque si a un hombre le pusiesen delante un montón de cien manzanas podridas, y le dijiesen: Escoged aquí una manzana buena, y entera, ¿por ventura no era cosa enfadosísima buscar una manzana buena entre cien podridas, y malas?

Y aun en montón era esto tolerable, aunque enfadoso; pero si fuese en un árbol muy alto, que por la distancia no era fácil el conocerlo, y por andar de rama en rama era más fácil el caer, que el escoger, aún sería más penoso, dificultoso, y peligroso.

22. Así suele suceder a los padres espirituales, que han de andar averiguando secretos de las almas, altos, profundos, dificultosos, de rama en rama, de acción en acción, y de pensamiento en pensamiento: en los cuales tal vez corren su peligro, si lo creen, o si no lo creen; y es terrible cosa gobernar con este peligro.

23. Y causa más ponderación, que aun no dice la Santa: *Que es recia cosa hallar una verdad entre cien mentiras*, sino: *Buscar, o sacar una verdad entre cien mentiras*. De suerte, que puede ser que sea verdad en mi deseo al buscarla, y mentira en el suceso al hallarla.

De suerte, que no hay una manzana buena entre las ciento, sino una que la busco buena, y puede ser que la halle como las otras podrida. Así puede ser, que entre cien revelaciones, siendo las noventa y nueve falsas, busque una verdadera: la cual, después de haberse cansado en buscarla, la halle falsa.

24. Luego va la Santa poniendo razones para manifestar este peligro: y la primera que ofrece en el número segundo, es: *Apartarse de la fe, siendo esta más cierta, que cuantas revelaciones hay*.

25. ¿Pero cómo se aparta el alma de la fe por las revelaciones? Pues las revelaciones verdaderas no sólo no apartan de la fe, sino que aumentan, y avivan la fe, y la acrecientan, como en muchas partes lo dice la Santa de sí misma en sus Obras.

No hay duda, que las revelaciones ciertas avivan la fe, pero en contingencia de si son ciertas, o no son ciertas, amar las revelaciones, y desearlas, no sólo apartan de la fe, sino que pueden dar al traste en el alma que las desea con la fe, y apagar del todo a su caridad, y arrancarle del corazón la esperanza, y sepultarla en el infierno.

26. Supongamos, que una alma se enamora de sus revelaciones, y va creyendo a sus revelaciones; y se fía, y entrega a sus revelaciones, y vive con ellas, y estas revelaciones no son la fe, que es cierta, e infalible, santa, perfecta, y que encamina, y guía a lo bueno, perfecto, y santo: pero esta alma tiene por perfecto, y santo, como a la fe, a sus revelaciones: con eso la fe manda una cosa, otra las revelaciones: ella quiere, y cree más a sus revelaciones, que a su fe: conque las llevan al infierno sus revelaciones, cuando sin ellas la llevaba al cielo su fe.

27. Expliquémoslo de otra manera. Las almas, para vivir bien en la vida de espíritu, han de vivir (como habemos advertido) con lo que creen, mucho más que con lo que ven; porque lo que creen es a Dios, y en Dios, que no ven: lo que ven, es al mundo: han de vivir con Dios, que creen, y no con el mundo, que ven.

Creen que hay cielo, y no lo ven, ni la gloria del cielo: ven al mundo, y sus deleites: han de vivir procurando la gloria del cielo, que creen, y no ven; y volviendo las espaldas a los deleites, que ven.

28. Pues si la fe aun quiere que nos neguemos a lo que vemos, para que gocemos lo que no vemos, y creemos, ¿cuánto más querrá que nos neguemos a lo que ni se debe creer, ni se puede ver, que son las propias revelaciones, pues a ellas, ni les debemos el crédito de la fe, ni las podemos dar la vista como a lo que en el mundo vemos?

Y así en esta escuridad de la fe está todo nuestro remedio: y esto que es escuridad, es más cierto que el sol, y que cuantas revelaciones puede haber fuera de la misma.

29. Desta necedad de apartarse de la fe por las revelaciones, han nacido todas las caídas de los que se han perdido en la Iglesia por revelaciones: y basta, y sobra por todas la caída del gran padre Tertuliano, padre tan eminente de la Iglesia, que por creer las revelaciones de una mujercilla, y a Montano su protector, siendo uno de los cedros más levantados del Líbano, llegó a ser menor que los pisados tomillos del desierto.

30. Añade otra razón la Santa en el número tercero, para dar por arriesgado el gobernarse, y aficionarse a las revelaciones, y es: *Que santifican las almas los hombres por ellas, cuando se han de santificar por las virtudes.*

Aquí la Santa llama *santificación* a la opinión de santidad; y *santificar* llama al tener por santas a las almas. Como si dijera: Tiénelas por santas por las revelaciones, que son inciertas, y no por las virtudes, que son ciertas. Tiénelas por santas, porque dicen que Dios se les aparece, cuando toda su santidad había de consistir en esta vida, no en que Dios las vea a ellas (que siempre las está viendo) sino en que ellas sirvan a Dios.

Tiénenlas por santas por una cosa que puede ser que sea falsa; y dejan las virtudes, en que consiste la verdad de la santidad, que nunca dejan de ser verdadero indicio de gracia, y de santidad.

31. De aquí resulta, que como ellas ven que las tienen por santas, por revelaciones, y no por virtudes, van arrimando las virtudes, aplicándose, y arrimándose a las revelaciones; y revelaciones sin virtudes, no son revelaciones, sino ilusiones.

32. Y reparo, que dice la Santa: *Que los hombres las santifican a ellas*. De donde se colige claramente, que habla de las revelaciones de las mujeres, y de la opinión de santidad, que por ellas les dan los hombres: conque avisa a los hombres, que no se dejen llevar del juicio, revelaciones, ilusiones, y engaños de las mujeres, sino que obren en esto como hombres, y no como mujeres.

Porque no sé cómo se es, que las revelaciones de las mujeres les parecen mejor a los hombres, y las de los hombres a las mujeres, que no las de estas a ellas y las de aquellos a estos. Debe de nacer esto de la maldita inclinación de los sexos encontrados, en los cuales fácilmente se huelga más el hombre del trato de las mujeres, que no de los hombres: y las mujeres del trato de los hombres, que no de las mujeres. Conque cada especie de gente da más crédito a aquello, que naturalmente ama más, cuando por el mismo caso que lo ama más, ha de recatarse más, y no aplicarle sobrado crédito; por que el juicio que ha de ser del espíritu, no sea de la afición⁽²⁾, y de la naturaleza.

33. Por esto es menester que anden los maestros de espíritu atentísimos, y recatadísimos en estas materias: y cuidando de no cegarse, aun con la honesta inclinación, y afición a sus hijas espirituales, despavilando bien los ojos, y desnudando el corazón. Porque es un sexo blando, amable, suave, y un poquito traidor, que inclina, traba, y llama, y luego abrasa, quema, y mata: y así es menester andar con él con cien mil recatos.

34. Añádese a esto, que la imaginación de las mujeres comúnmente suele ser vivísima, su facilidad grandísima, su credulidad arrojadísima: conque fácilmente se creen a sí mismas, y se llevan tras sí al que las ha de tener, y detener, y contener, para que se gobiernen por Dios, y por las virtudes, y no por su juicio propio, y por sí.

35. En el número cuarto pondera la Santa otra razón de la flaqueza de las mujeres; y dice, que como una parte se dejan llevar de su antojo, o imaginación, y por otra no tienen letras, claro está que gobierno de imaginación sin letras, es gobierno de perdición. Porque si las revelaciones (ya sean en la imaginación, ya sean en el entendimiento, ya sean en la vista) no se registran por las letras, con la ley de Dios, y con los preceptos divinos, con los consejos evangélicos, y con el juicio prudente del confesor docto, espiritual, y desapasionado; corren riesgo de ser engaños, e ilusiones, las que se tienen por revelaciones.

36. Y lo que es más, son tan dificultosas de entender, que aun andando al lado de muchas letras, las revelaciones han parado en ilusiones: o porque las letras se dejaron gobernar de las revelaciones, cuando habrían de gobernar a las revelaciones las letras; o porque no pudieron las letras vencer la escuridad, y tinieblas, con que gobernaban al alma las revelaciones.

De lo primero, buen ejemplo es el referido de Tertuliano, varón lleno de letras, que se dejó llevar, y cautivar todas sus letras de una mujer, gobernada de falsas revelaciones.

37. De lo segundo (que es, que muchas veces las letras aún no bastan a desengañar a los que tienen revelaciones) a cada paso se ven innumerables ejemplos. En nuestros tiempos una labradora, que vivía en un lugarejo cerca de una de las universidades de España, la primera en las letras teológicas, trajo al retortero a varones doctísimos, y perfectísimos, que la tenían en grande opinión de santidad, y admiraban sus revelaciones; y no bastaron tantas letras, y lo que es más, tan grande espíritu, para conocer aquel espíritu, que era todo él un embuste; y así fue castigada por el santo tribunal.

38. La razón de esto es, que aquellos santos, y doctos varones, como grandes médicos, juzgaban según la relación de aquella enferma; y ella mentía, y disimulaba, y era el exterior tan mesurado, y compuesto, que no se podía penetrar lo interior descompuesto, y desmesurado; y si al médico engaña el enfermo, no lo curará el mismo Hipócrates, ni Galeno; y así han sido engañados de mujeres varones doctísimos, y santísimos, sin culpa suya, y con perdición dellas, muriéndose el enfermo por su engaño, y escapándose el médico por su buena intención.

39. No faltaban aquí letras, sino que no bastaban las letras a curar la enfermedad; porque fue engañosa la relación, como la revelación.

Y otras veces la conocen, y no la curan; porque no quiere la enferma aplicar la intención, ni la acción a los remedios, y huye de los remedios, que le aplica el médico; conque viene la enferma a parar en la sepultura sin culpa alguna del médico.

40. En número quinto, como la Santa había tenido tantas revelaciones, y se las habían mandado escribir, como quien desde el cielo quiere dar satisfacción a la tierra, les dijo a sus religiosas, que en sus libros, donde hay discursos de virtudes, y de revelaciones, imiten las virtudes, y no se aficionen a las revelaciones; y que le pesará mucho que hagan lo contrario, y que lean mucho en sus libros, llevadas más del afecto a las revelaciones, que en ellos se escriben, que de la celestial, y admirable doctrina, que contienen; con la cual tanto fruto han hecho en la Iglesia, y dado infinitas almas a la gloria, y que hoy son la piedra del toque de los maestros de espíritu para discernir el verdadero del falso. La cual es doctrina consiguiente a la antecedente; y es como si dijera: Las revelaciones son inciertas; las virtudes ciertas: andad hijas con lo cierto, y dejad lo incierto: las revelaciones son peligrosas, las virtudes seguras; dejad lo peligroso, y caminad con lo seguro.

41. Y añade en el número sexto, para que vean, que es mucho mejor camino el de las virtudes, que el de las revelaciones: *Que el premio que gozaba en la otra vida, no era por las revelaciones, sino por virtudes.*

Como si les dijera: Hijas, preveníos de la moneda con que se compra la gloria, para venir a la gloria; porque en la gloria no pasa la moneda de las revelaciones, sino de las virtudes. Dios, cuando dijo: *Negotiamini dum venio* (Lucæ 19, v. 13): Negociad, tratad, y contratad, mientras que vengo a juzgaros, no quiso que el trato, y la granjería fuese con revelaciones, sino con las virtudes; comprando estas con la mortificación, con la

observancia de los preceptos, con seguir los consejos, con la oración, con la penitencia, y el sudor, el trabajo, la paciencia, y la cruz. El negociar con los talentos de la gracia, y de la naturaleza, no ha de ser empleando, ni cargando en revelaciones; porque es peligrosa mercaduría, y cargazón, sino con la imitación de las virtudes del Señor, y de la Virgen, y de los santos; y esta es la moneda, que pasa en la otra vida, y la que en esta granjearon los santos, que está en ella.

42. Y dice discretamente, no que no tengan revelaciones, porque eso claro está (como hemos dicho) que no es en su mano, sino que no se aficionen a ellas, y que no hagan caso dellas; y que no se gobiernen por ellas, y que se nieguen a ellas. Porque las revelaciones han de mirarse como enfermedades, las cuales no se tienen, sino que se padecen.

Y así cuando aflige a uno la calentura, los que quieren hablar con propiedad, no dicen: Pedro tiene gran calentura, sino: Padece gran calentura; porque lo que se padece, propiamente no se tiene, antes la calentura lo tiene a él, que no él a la calentura; porque si él tuviera a la calentura, no la tuviera, sino que la soltara. Pero porque la calentura lo tiene a él, no la puede echar de sí, hasta que le suelta a él la calentura.

43. Así se han de tener las revelaciones, arrobos, y visiones; no como quien las tiene a ellas, sino como quien las padece, y no puede dejar de tenerlas, aunque quiera; y escogiendo el alma buen médico espiritual, que la cure, y la gobierne, y aun tal vez es menester buen médico corporal; porque dependen (si las revelaciones son imaginaciones) del estado de la salud corporal el curar lo espiritual, y es menester que la curen en lo espiritual, y en lo temporal.

44. Añade en el mismo número, que aunque haya algunas revelaciones ciertas (que sí habrá) es mejor dejar las ciertas, por no incurrir en las inciertas, que no gobernarse por las ciertas, con riesgos de perderse por las inciertas.

Es prudentísimo dictamen, y celestial, como bajado del cielo. Porque en lo que voy a ganar, y no a perder, eso he de hacer, y en lo que voy a perder, y no a ganar, eso tengo de rehusar.

45. Si yo tengo en la Iglesia cuantas verdades he menester para salvarme ya reveladas, y ciertas, infalibles, y de fe, ¿quién me mete en embarcarme en un navío de revelaciones dudosas, que cuando pienso que me lleva al puerto, den conmigo a pique en la tempestad, y me sepulten en el infierno?

¿Quién deja lo cierto, por lo dudoso? ¿Quién deja lo seguro por lo peligroso? ¿Quién deja lo que es de Dios, por lo que es de mi propio juicio, sino quien no tiene rastro de juicio?

46. Yo supongo que sean ciertas mis revelaciones, ¿qué me importa, si no me he de salvar por las revelaciones, sino por las virtudes? Pero si fuesen inciertas, y falsas, y me embarcase en ellas, ¿qué navegación era la mía en la vida espiritual, toda de escollos, de Scilas, y Caribdes? Pues si yo puedo navegar en mar sereno, ¿no es locura navegar en el tormentoso?

47. Dirá alguno que esto leyere: Pues, señor, ¿no queréis que haya revelaciones en la Iglesia? ¿No ha de haber en ella revelaciones, pues hay en ella almas, que a Dios tratan, y a quien Dios se manifiesta?

No digo yo que no las haya, ni que no las ha de haber, sino que así como hay, y ha de haber revelaciones, haya también temores, recelos, recatos, consejos, advertencias, y humildad en estas revelaciones; y que haya luz, y letras, y cuidado de no gobernarse por revelaciones, donde está la ley de Dios patente, clara, llana, santa, y descubierta, y de infalible verdad, sin sombras de falsedad.

48. Y así el alma, que padece este trabajo, padézcalo como peligro, y trabajo, y no como gozo, alegría, y vanidad, y propia satisfacción. Ande en humildad, y consejo. No se tenga por mejor, sino humíllese, y tema, y tiemble, pensando que es la peor del mundo; y con eso esperando, y confiando en Dios, y obrando, y sirviendo, y obedeciendo a su santa ley, y a su confesor, y haciendo caso de las virtudes, y dejando a Dios las revelaciones; viva, y obre, estimando más (como lo hacían los santos) la cruz sin revelaciones, que no las revelaciones sin cruz.

49. Y los maestros espirituales no den motivo a las almas para que se aficionen a estas cosas inciertas, dudosas, y peligrosas; y que aunque no hay duda, que cuando Dios las envía, causan grandes utilidades en las almas, y en la Iglesia: pero no así, cuando las almas las solicitan, y los confesores las aplauden, porque esto es sumamente peligroso.

50. Las revelaciones de santa Brígida son ciertas (como hemos dicho), las de santa Catalina, las de santa Getrudis; y estas, y las de santa Teresa todas pueden píamente creerse que son ciertas, y verdaderas, y por ser verdaderas, pueden contarse; pero las que han sido falsas, y lo son, y lo serán, son tantas, que no sé si podrán fácilmente contarse.

Y después de ser ciertas aquellas, confiesa aquí santa Teresa, que no se fue al cielo por sus revelaciones, sino por sus virtudes. Y así, almas, démonos a las virtudes, y neguémonos a las revelaciones.

51. Yo confieso, que de todas cuantas revelaciones hay de la Santa, ninguna me ha contentado más que esta revelación contra las revelaciones; porque estas verdades que aquí dice, asientan tan de cuadrado en la razón natural, y sobrenatural, y se conforma de suerte con lo espiritual, y prudencial de la Iglesia, que cuando de las otras revelaciones se pudiera dudar, de esta no dudara yo; pues aunque no viniera esta verdad desde el cielo, es grandísima verdad, y utilísima en la tierra, para huir de los lazos de la tierra, y conseguir la gracia en el suelo, y la gloria en el cielo.

52. Pero también es necesario advertir, que no se han de censurar con aspereza estas cosas, ni afligir sobrado a las almas afligidas, sino obrar en todo con tal fuerza reservada al creerlas, que nunca nos empeñemos, ni embarquemos en lo que no son las verdades de la fe, que es donde habemos de navegar.

Tenía yo un amigo, y sobradamente amigo, que viendo que se escandecía, y enfurecía otro conocido suyo, oyendo algunas revelaciones, le decía: Que no se acongojase por eso, sino o las creyese, como si no las creyese, o no las creyese, como si no le importasen. Porque el día que el maestro, que gobierna aquellas almas no se embarca, ni se empeña

en estas cosas, y que las mismas almas se humillan, y sólo obran, y creen por lo que ordena la fe, y su maestro; no hay que afligirse, ni acongojarse, ni causar más pena a quien lo padece, pues muchas veces no está en su mano dejarlo de padecer. Y así como hemos visto muchas caídas por no hacerlo así, hemos visto notable gloria, y utilidad a la Iglesia por hacerlo así.

53. Últimamente dice la venerable madre Catalina de Jesús (a quien se le hizo esta revelación): *Que con ella se le quitó el deseo que tenía de leer el libro de la Vida de la Santa*; esto es, las revelaciones que están en la Vida de la Santa, que fue quitársele la gana de revelaciones; y en cuanto a esto, también se me ha quitado a mí: y creo que se les quitará a cuantos la leyeren, y fueren cuerdos, y quisieren andar por buen camino, y fácil, y claro; porque deseo de revelaciones corre peligro de ser deseo de imperfecciones; y lo que es peor, de engaños, y de ilusiones.

AVISO X

Para el padre provincial

1. Algunos días antes de la fiesta de san Andrés, estando yo en oración encomendando a Dios las cosas de nuestra Orden, se me representó aquella presencia de nuestra santa madre Teresa de Jesús, y me dijo: «Di al provincial, que procure introducir en las casas, que no se procure aumento temporal, ni espiritual, por los medios que los seglares lo hacen; porque no harán lo uno, ni lo otro, sino que se fíen de Dios, y vivan en recogimiento. Porque algunas veces piensan que hacen provecho a los seglares, y a nuestra Orden, en comunicarlos mucho, y antes pierden crédito, y sacan daño en sus espíritus. Y pensando pegarles espíritu, traen ellos el de los seglares, y sus modos: y así saca mucho provecho el demonio. Porque por la solicitud en lo temporal, entra el espíritu de distracción en la Orden, y tiniebla en el espíritu».

2. «Que procure tener en sí, y para los demás la memoria destas cosas. Y que cualquiera cosa que se haya de determinar, ponerla primero en recogimiento de oración; por que pueda tener tanto espíritu, como entiende, y haga efecto lo que enseñare, y mandare. Y que procure tener tanto espíritu para sí, como sabe para los otros».

Notas

1. Desde el cielo celaba santa Teresa la abstracción de sus hijos, y así dio este aviso, para que ya que era forzoso socorrerse, como lo hacen los seglares (porque vivimos en cuerpos mortales) no sea con los modos de los seglares.

2. A dos cosas puede mirar este aviso. La primera, a lo interior. La segunda, a lo exterior. A lo interior, fue decirles a los religiosos: Forzoso es que el prior busque con qué se sustente su convento, como lo es que el seglar busque cómo sustente su familia; pero el prior, y la priora lo busquen, puesta toda su confianza en Dios, y pidiéndolo primero a Dios, y con aquella seguridad que Dios ofrece en la fe, en la esperanza, y amor de Dios; y teniendo presente, que quien sustenta los gusanos de la tierra, no dejará que mueran de hambre sus siervos (Matth. 10, vers. 29, vers. 31); y lo que dijo su divina Majestad, que pues alimenta los pajarillos del campo, bien sustentará a los que le aman, y tratan de

agradarlo, y de servirlo, no dejando los medios, sino teniendo presente a Dios en los medios.

3. De aquí resulta (y este es el segundo fin de este aviso) que con esto se despide un axioma común, que dice: *Poner los medios, como si no hubiera Dios; y acudir a Dios, como si no hubiera medios.*

Porque deste axioma, la primera parte: *Poner los medios, como si no hubiera Dios*, tiene malísimo equívoco; porque en los medios, y en los fines, y en todo hemos de obrar, como si hubiera Dios, y con Dios, y para Dios, y por Dios. Y no hay buenos medios, ni remedios sin Dios; y lo que es más, ni es bien querer sin Dios los medios, ni los remedios.

4. Y aunque veo, que el intento del que inventó este adagio, no fue decir, que fuesen sin Dios los medios, sino que se apliquen con esfuerzo, y con calor; todavía para templar, y moderar, y dar acierto al esfuerzo, y al calor de los medios, es menester no perder, ni un punto a Dios, y tener presente a Dios, y que los medios no se hallen en ningún tiempo sin Dios; porque sin Dios los medios, más son daños que no medios, ni remedios. Y esto es lo que dice en este aviso la Santa.

5. Lo interior, de que han de cuidar los superiores, para diferenciarse de los seglares, es no buscar el sustento, dando de lo espiritual por lo temporal; esto es, no apartándose de su instituto, por el aumento temporal de la casa. Porque si la comida me costase la virtud, y tanto fuese yo perdiendo de lo bueno, cuanto me fuesen dando del sustento, sería desdichada granjería dar de lo del cielo por los bienes de la tierra, y quitar de la disciplina regular en lo espiritual por tomar de lo temporal, y dar las virtudes por los dineros, y dar los bienes eternos por los temporales.

6. Esto sucedería, si se hiciese con granjerías ilícitas, si se enredasen en haciendas superfluas, si esto lo obrasen con tanta ocupación, que ahogasen al espíritu, y apagasen el fervor de la caridad, y desterrasen la quietud de la abstracción, y contemplación.

Y así la comida, y sustento de los religiosos se ha de granjear en los principios, en los medios, en los fines, en lo interior, por Dios, con Dios, y para servir a Dios, para que su divina Majestad la bendiga, y haga que se logre en su servicio. Por eso discretamente algunos llaman a la comida de la religión, *bendita*, y a la de algunas casas seglares mal gobernadas, *maldita*.

7. Porque el religioso la busca, y pone los medios con Dios, de Dios, y por Dios: va a buscar la limosna, y la pide por amor de Dios: danle el pan, la fruta, y el pescado, y dice: *Sea por amor de Dios*. Llévala a la casa, y dala a mi hermano cocinero, y le dice en entrando: *Deo gracias*, y añade: *Guise esto por amor de Dios*. El cocinero lo hace todo por Dios; y si le dan prisa, la mayor cólera dice: *Acabe, hermano, por amor de Dios*; y él responde: *Tengan paciencia por amor de Dios*. Llévanla al refitorio, y recibe la bendición del prelado, y la de Dios: y entre lecciones santas, y de Dios, se sustentan siempre, tratando de Dios; y danle luego las gracias a Dios de aquel sustento: y así todo ello está lleno de bendiciones de Dios.

8. Por el contrario en algunas casas mal gobernadas de seglares, todo está lleno de maldiciones. Porque dice el mayordomo al amo, que le dé dinero para el sustento de la casa, porque no tiene un real. Responde, que no le tiene, que lo busque. El otro renegando sale jurando, votando, y maldiciendo: ¿que cómo ha de sustentar a la casa sin dinero?

Pasa luego este ruido al dispensero; y él con otros tantos reniegos, y juramentos pone las mismas dificultades. Al fin, a fuerza de diligencias, entre infinitas maldiciones, se va a una dispensa, y se trae con otros tantos reniegos la comida: aderézanla, y al pedirla, y al darla, y al comerla, todo es pendencia, disgustos, maldiciones, y disensiones; y así a este género de comida, no hay que admirar la puedan llamar, *maldita*.

9. Destos modos han de huir los religiosos, y aun los seglares, procurando que la intención sea de Dios; el disponer los medios con Dios; el sustentarse para servir a Dios; si hallan lo que buscan, dar gracias a Dios; y si no hallan, pedir, y tener paciencia por Dios; porque desta suerte no he visto hombre sin sustento: *Non vidi justum derelictum, nec semen ejus quærens panem* (Sal. 36, v. 25).

AVISO XI

Para el padre provincial

También me ha dicho nuestra Madre santa, diga a vuestra paternidad: «Que no haya reelección de priores, porque importa por muchas cosas. La primera, porque aunque importa mucho ayudar a los otros, importa más el aprovechamiento propio de cada uno, y lo bien que parecerá ser súbditos, los que han sido prelados, y será de grande ejemplo; y los priores nuevos iranse imponiendo. Y que aunque estos no tengan tanta experiencia, que los que han sido priores, los podrán aprovechar, tomando su consejo; aunque no queriéndose meter a dárselo ellos, ni entremeterse en alguna cosa de gobierno, sin pedírselo. Porque se me ha dicho, que importa mucho, que sean de veras súbditos, los que han sido prelados, y lo parezcan, para ejemplo de los otros, y no piensen los demás que no se pueden hallar sin mandar, y gobernar. Y que parezcan súbditos, como si nunca hubieran sido priores, ni lo hubiesen de volver a ser, no contando lo que ellos hacían en sus oficios, sino aprovecharse a sí mismos; y desta manera harán gran provecho, cuando lo vuelvan a ser».

Notas

1. Este es aviso, y explicación: y así no es necesaria la nota, pues el aviso, y la explicación son de los cielos. Harto dudosa es la cuestión entre los políticos, si conviene que los oficios sean perpetuos, o temporales: y sobre esto discurren dilatadamente los estadistas.

2. Yo, antes que viese este aviso de la Santa, solía decir, que en siendo buenos los superiores, y procediendo bien, habían de ser eternos. Porque si no, se quita el gobierno al experimentado, y al justo, y al celoso, y al cuerdo, y al que tiene contentos a los súbditos, al que los mejora con su ejemplo, y confirma con su fervor, para dar el gobierno a quien lo ha de gobernar todo con un incierto, y mal seguro acierto.

Y por el contrario, si son malos los gobernadores, y notablemente malos, no habían de aguardar a que acabase el trienio; pues a tres años de mal gobierno, pueden trabucar el mundo, y dejarlo sin remedio, ni gobierno.

3. También veo, que tres gobiernos que estableció Dios, el de los jueces, y el de los reyes, y el de los pontífices, todos fueron perpetuos. El de los jueces en Moisés, y sus sucesores, hasta Samuel. El de los reyes en Saúl, y sus sucesores, hasta Sedecías, y el de los pontífices desde san Pedro, hasta el fin del mundo. Y señal es esta, que es buena la reelección, y por decirlo mejor, la perpetuidad de los gobiernos.

4. Pero puede responderse, que eso se entiende en los gobiernos, que establece Dios: pero en la elección de los hombres, y más en vida regular, interior, y espiritual, suele ser la ruina de la religión, la reelección, como aquí advierte la Santa.

Y así comúnmente es lo mejor, y más bien recibido el mudarse los gobiernos por número de años, y por los tiempos limitados, por lo que aquí se dice en la revelación.

5. Y añade entre otras conveniencias: *Que los que fueren mandando, hagan oficios de obedecer*, por dos razones, espirituales, y discretas.

6. La primera, por que no se les olvide con el mandar el obedecer, respecto de que esta nuestra naturaleza, aun en el muy perfecto, en acostumbrándose a mandar, se le va olvidando de suerte el obedecer, que huye del obedecer, acostumbrado a mandar; y huir del obedecer, es huir de la humildad, y de la obediencia; y huir de la humildad, y de la obediencia, es huir del cielo, e irse acercando al infierno.

7. La segunda, porque sabiendo prácticamente obedecer, sepan después prácticamente mandar; porque habiendo sentido en sí la amargura del precepto, será después dulce al mandar, y sabrá dar suavemente los preceptos; y cuando sufra en sí la condición del prelado, moderará después la condición al ser prelado, y dos onzas de juicio práctico, enseñan más que cien arrobas de juicio especulativo.

Sepa el religioso qué es ser azotado, y azotará con blandura siendo prelado. Coma el pan negro siendo súbdito, y vea lo que lo sienten los súbditos, y buscará parar sus súbditos, siendo superior, el pan blanco.

AVISO XII

Para el padre provincial

1. Hoy día de los Reyes me ha dicho, que diga al padre provincial: «Que una barahúnda que corre entre los religiosos, de que no hace penitencia, y trae lienzo, que ha sido razón tenerla; porque muchos de los súbditos, que no son amigos de su regalo, no miran la necesidad, y trabajo, y lo que padece por los caminos, sino un día que llega de huésped, si comió carne, y tomó un poco de regalo por su enfermedad: y tiéntanse, y apetecen ser prelados; y que por esto, que le vean también penitente, aunque no sea con mucho secreto, por el buen ejemplo».

2. «Que alabe mucho la penitencia, y reprenda cualquier exceso, y demasía en las comidas; porque como no dañe a la salud, toda penitencia, aspereza, y menosprecio ayuda mucho al espíritu».

3. «Que procure desterrar con rigor, si no bastare la suavidad, todo lo que fuere cualquiera punto de relajación de regla, y constituciones, porque de ordinario estas cosas tienen pequeños principios, y grandes fines».

Notas

1. Es este aviso el cimiento, y fundamento de la regular enseñanza, que consiste en la fuerza del ejemplo, de que acabamos de hablar: *Que exhorte el prelado a la penitencia a los súbditos, con el ejemplo, y las obras*. Más edifica un prelado callando, y obrando, que no obrando, y predicando. Más persuade con ir al coro, para que vayan al coro, que con predicar una hora todos los días, diciendo divinidades sobre que vayan al coro.

2. El edificio del aprovechamiento interior de los súbditos, no se debe a la voz de sus prelados, sino a su ejemplo, y sus virtudes. Por eso se llama al obrar bien, edificar, y no se llama así al hablar bien; porque obrando, principalmente se edifica, como en esto material obrando se edifican las casas, y no hablando.

3. El Señor primero fue humilde, para enseñar la humildad; y primero padeció para enseñar a padecer; y primero tomó la cruz, para que sus discípulos le siguiesen en cruz: porque andar el prelado sin cruz, y decir a los otros que la tomen, y le sigan con ella, parece que es enseñanza farisaica, de la cual decía el Señor: *Omnia quaecunque dixerint vobis, servate, et facite; secundum opera vero eorum nolite facere* (Matth. 23, v. 3): Haced lo que os dicen, pero no lo que hacen; pues poniendo grande carga en los hombros ajenos, no querían ellos ni aun con el dedo tocar, ni aliviarles la carga.

4. Por esto no convertían los fariseos; porque cuanto hacían con la voz, deshacían con el ejemplo perverso. Y por el contrario, el Señor, y sus Apóstoles edificaban obrando, y enseñaban hablando, y ejecutando: y a los que atraía a sí la virtud de sus obras, alumbraba, y guiaba la luz, y fuerza de sus palabras.

5. La virtud que aquí aconseja la Santa que obre, y persuada este superior, es la de la penitencia; y en esto se conoce que es doctrina bajada del cielo, y por no predicarse frecuentemente en los púlpitos, temo que está perdida la tierra.

6. Tres predicadores grandes ha habido en el mundo, que los han excedido a todos. El Hijo de Dios, que predicaba su misma palabra, y ese comenzó a predicar penitencia: san Juan Bautista, y ese predicaba bautismo de penitencia: san Pedro, vicario de Cristo, y ese comenzó predicando penitencia.

¿Pues quién ha desterrado de los púlpitos la penitencia? ¿Cómo nos olvidamos de predicar penitencia? ¿Crecen los pecados, y se olvida la penitencia? Esto no es dar al traste con el mundo los pecados.

Para sus hijas las Carmelitas descalzas

Hoy día de los Reyes, preguntando a esta presencia de nuestra madre, ¿en qué libro leeríamos? Tomó una cartilla de la doctrina cristiana, y dijo: *Este es el libro, que deseo lean de noche, y de día mis monjas, que es la ley de Dios.* Y comenzó a leer el artículo del Juicio, con una voz que estremecía, y espantaba, la cual se me quedó en los oídos algunos días, y descubrió una máquina de doctrina altísima, y la perfección a que llega una alma por este camino; y así no puedo arrostrar a enseñar cosas altas a las almas que tengo a mi cargo, sino ando con gran deseo de enseñarlas las cosas de la cartilla, e imponerlas en esto. Y para mí apetezco a leer en la doctrina, que me parece hay bien que aprender; y no sé qué tesoro hay en ella para mí. Procuero aficionarlas a cosa de humildad, y mortificación, y ejercicio de manos. Lo demás les dará nuestro Señor, cuando convenga.

Notas

1. Este santo consejo, que santa Teresa les envió del cielo a sus hijas, de que el libro en que más les conviene leer de día, y de noche, es la cartilla de la ley de Dios, no sólo es consejo de la Santa, sino del santo rey David, a quien se lo dictó el Espíritu Santo, cuando dijo: *Lex tua tota die meditatio mea est* (S. 118, v. 97): Señor, tu ley es todo el día mi meditación. Es como una mujer, que se precia de bien prendida, y anda todo el día con el espejo en la mano (y aun algunas dicen, que lo traen en la manga) para mirarse, si está bien prendida, o bien presa de su amor propio. Estas mujeres bien se ve, que ni ellas se quieren mal, ni quieren ellas que las quieran mal.

2. Así ha de ser el alma santa en lo bueno, como es la loca en lo vano. Ha de tomar el espejo de la ley del Señor perpetuamente en la mano, y mirarse a ella, y pulirse, y adornarse, y examinarse con ella, no saliendo un punto della.

Ha de preguntarse por toda la ley, y ha de ajustar sus obras, palabras, y pensamientos a la santa ley, mirando su alma en la santa ley; y en viendo cosa en sí, que no se ajuste a la ley de Dios, arrojarla, y apartarla de sí, y volverse luego a ajustar a la ley del Señor.

3. Por eso la buena Esposa del Señor ha de tener presente siempre sus constituciones, y en ellas, como en un espejo, se ha de estar mirando, y ejercitando. Y sería conveniente, que estuviesen impresas, y tuviesen muchas copias de ellas, para las que están impresas en el papel, mirándose como en un espejo en ellas, las impriman en su corazón.

4. Yo me acuerdo, que sirviendo una iglesia, en que había un gran número de monjas, sujetas a la dignidad, le concedí 40 días de indulgencia a la religiosa que leyere las constituciones, y se registrase a ellas; y si cada día lo hacía, cada día se las concedía, y hallaban en ello aprovechamiento.

5. Es verdad, que esto mismo lo han de hacer perfectamente, como lo hacen imperfectamente las del siglo; porque estas se gobiernan por su propio amor; pero las esposas del Señor lo han de hacer todo por el amor, y con el amor de su Esposo, y sólo por agradarle: y para agradarle han de andar con el espejo de las constituciones, y cartilla

de la ley de Dios en las manos; y esto con tal amor, que lo gobierne más el amor, que no el temor. Y de tal manera guarden las constituciones, y con tal amor, que aunque no hubiera constituciones, fueran sus constituciones el amor de su Esposo.

6. Este pues que aquí llamamos espejo, llama santa Teresa la cartilla; porque allí han de aprender la ciencia del espíritu, pues en las constituciones les enseña la clausura, la pobreza, la obediencia, y la caridad, y todas las demás virtudes de su santa profesión.

Allí hallarán el maestro, y el magisterio, y todo cuanto han de aprender, y saber en la vida del espíritu. Y yo fiaré poco de religiosa, ni de alma que no tenga siempre a la vista, como David, esta celestial cartilla de la ley del Señor, sus constituciones, y obligaciones; atendiendo a lo que miran, y atendiendo no sólo a las voces, sino a las señas del Señor: esto es, a las inspiraciones, y movimientos interiores del Espíritu Santo.

7. Así dice el santo rey David: *Sicut oculi ancillæ in manibus dominæ suæ, ita oculi nostri Dominum Deum nostrum, donec misereatur nostri* (S. 122, v. 2): La buena sierva, no sólo está atenta a lo que manda su señora con la voz, sino a lo que manda por señas con la mano; y está no sólo oyendo la voz, sino mirando a la mano, para obedecer a lo que ordena por señas. Así ha de hacer el alma santa en Dios.

8. También esta cartilla, y espejo en las almas, para mirarse, reformarse, y aprender, puede ser un Cristo crucificado. ¡Oh qué espejo! ¡Oh qué hermosura! ¡Oh qué luz! ¡Oh qué doctrina, que está enseñando en la cruz!

Esta cartilla le ofrecía san Francisco, serafín de la Iglesia, a un religioso suyo, que le pedía un Breviario, o Biblia, para aprender las Escrituras; y el santo, celoso de su evangélica pobreza, juzgando que era contra ella, que tuviese otro Breviario más del común, habiéndoselo negado diversas veces, diciendo, que acudiese al de la comunidad; volviéndole a importunar, le dijo, que no quería darle Breviario. Y preguntándole el fervoroso religioso: *¿Por qué no?* le respondió: *Porque en dándote el Breviario, me pedirás que te dé un criado.* El religioso dijo: *¿Pues para qué yo he menester criado?* Respondió el santo: *Para poder decir: Ola, daca el Breviario.* Y añadió: *Tu Breviario, hijo, y donde has de aprender lo que te conviene, sea un Cristo crucificado.* Como si dijera: Para cumplir con el rezo, ya tienes el Breviario del convento: para aprender, mira hijo a un Cristo crucificado.

9. Respondió como serafín de pobreza, y de amor. *De pobreza*, celándola con tal extremo, que aun lo muy permitido, y honesto le negaba a su hijo, y lo contenía en lo preciso, para que no pasase a lo superfluo. *Y de amor*, pues lo encamina a origen de amor, que es un Cristo crucificado en la cruz, por nuestro amor.

(Otros seis documentos, y avisos, que santa Teresa dio a una hija suya, y a otro prelado de la reforma, después de muerta).

AVISO XIV

Ama más, y anda con más rectitud, que el camino es estrecho

Notas

1. Estos seis documentos que se siguen, también los dio la Santa, según refieren las corónicas, desde el cielo: y ellos son tan espirituales, y santos, que se conoce con evidencia, que es doctrina celestial, aunque no vinieran desde el cielo.
2. Este primero, es el primero con razón, pues se funda en el primero de los preceptos del Decálogo: *Amarás a Dios*, y dice: *Ama más*. Una cosa es decir: *Ama*, y otra, y mayor el decir: *Ama más*. El amar ha de ser de todos: pero amar más es de pocos, a quien Dios porque los ama más, hace que le amen más, y más.
3. No te contentes, dice la Santa, con amar, sino con amar más hoy que ayer; y amar más mañana que hoy; y cada día ama más, y más, y más.

Cuando el Señor explicó este mandamiento, lo explicó con grande ponderación, porque no dijo sólo: *Ama a Dios*, como en todos los demás preceptos: *No mientas: No adulteres: Honra a tu padre, y a tu madre*, sino que dijo: *Ama a Dios de todo tu corazón, de todo tu entendimiento, y de todas tus entrañas*. Como si dijera: Ama a Dios del todo, y de todas maneras, y en todos tiempos. Ama a Dios más, y más, que a todo, y a todos. Todas las demás virtudes tienen sus tiempos determinados, y puede haber casos en que no se puedan ejercitar. Porque el guardar las fiestas cesa, cuando no son días de fiesta: el no jurar cesa en muchas ocasiones, que no se ofrece, ni la necesidad, ni la ocasión de jurar: el no mentir cesa en el tiempo del silencio: la sensualidad en apartando la ocasión: el ayuno, en faltando las fuerzas. Pero para guardar el precepto de amar a Dios, siempre es ocasión, siempre es tiempo, y siempre es posible, y siempre es fácil; y siempre, y en todo tiempo es muy suave, útil, y gustoso, acomodado, deleitoso, y agradable.

4. Porque así como en todas partes está Dios, y todo lo llena, lo alegra, lo vivifica, lo ocupa; en todas puede el alma amarlo, servirlo, agradarlo, y adorarlo: ni falta la materia, ni falta el tiempo, ni falta el sujeto, ni falta el objeto, ni cansa; antes deleita la ocupación. Y así alma (dice santa Teresa): *Ama más*; y en amando más, vuelve a amar más, y no te sacies de amar a aquel Señor, que no se sació de amar, y de morir por tu amor. Y así me admiro, que haya quien diga, que este mandamiento de amar a Dios está implícito en el no ofender a Dios, y en los demás del Decálogo: y con cumplir aquellos, se cumple este, y eso basta; conque en todo rigor parece que nos dejan nueve Mandamientos, porque quitan el primero, y el mayor, librándolo en los demás, y no sé si diga, y cautivándolo en ellos.
5. También me entristece mucho, que haya otros que digan, que este mandamiento de amar a Dios, sólo obliga en casos muy raros, peligrosos, y contingentes; y que pueden lícitamente pasar mucho tiempo sin amar a Dios las almas: conque cuando Dios puso más fuerza, y ponderación en el precepto, la ponemos nosotros menor, y más dilatada en la ejecución.

Y así aunque sea precepto afirmativo, pero es tan eficaz, necesario, conveniente, suave, fácil y útil, que es menester que le demos repetida ejecución; porque una cosa tan debida,

como amar a Dios, ¿cómo es posible, ni verisímil, que admita tantas, y tan grandes dilaciones, como consienten estas, y otras opiniones?

6. Pero dejemos esto a los teólogos morales, y vámonos a lo místico, y a lo seguro, con que se salvó santa Teresa, y todos los santos del cielo. Ama más, y más, y más a un Dios, que cada día te ama más, y más; pues cada día más te sufre, y perdona más, y más. Demos al no amar las dilaciones, y al amar más, y más las ejecuciones; sigamos esta opinión, dejando otras opiniones.

7. No se queda aquí la Santa, sino que añade: *Y anda con más rectitud*. Pasó del amar al obrar, y de la raíz al árbol; y del árbol a la fruta. Como quien dice: Ese amar, alma, redúcelo de amar a obrar, y ese obrar sea dentro del amor.

Crezca la pureza del obrar, al paso que crece en tu alma el amar. Sea un reloj concertado tu amar, y tu obrar, tal que el espíritu de este reloj sea el amar, y sea el obrar la mano que señale la hora, y calidad de tu amor. Las obras son la mano de tu reloj, que señalan su concierto; y como anda el espíritu allá dentro, anda la mano acá fuera. Malas obras, desconcertado reloj. Buenas obras, buen espíritu, y reloj. Amor sin obras, más es engaño, que amor. Obras sin amor, son cuerpo sin alma; porque les falta el amor. Amor, y obras, componen toda la armonía, y música suavísima, que alegra, recrea, y entretiene a los oídos de Dios.

8. Si tengo caridad sin obras, y no responden, ni corresponden estas a la caridad, temo que no es caridad; pues nos dijo el Señor: *A fructibus eorum cognoscetis eos* (Matth. 7, v. 16); que por las obras (como por la fruta el árbol) conoceríamos cual sea la caridad.

Por el contrario, si tengo obras (como nos dice san Pablo) prodigiosas, admirables, y estupendas, pero no tengo caridad: *Factus sum velut aes sonans, aut cymbalum tinniens* (1, Cor. 13, v. 1): Soy como la campana, que llama a los otros a la iglesia, y está fuera de la iglesia. Su voz es de perfección, su materia de metal.

9. Añade una razón admirable, y eficaz, no sólo para amar, y obrar, sino para amar, y obrar cada día más, y más, y es: *Que es el camino estrecho*. Y son palabras de vida, y de vida eterna; pues son del que es vida, camino, y verdad eterna, cuando dijo: *Arcta via est, quae ducit ad vitam* (Matth. 9, v. 14): Estrecho es el camino que lleva a la eterna vida.

Camino estrecho, áspero, dificultoso, por sierras, por breñas, por asperezas, no puede andarse, ni vencerse, sino con grande fuerza de amar, y obrar.

10. A esto mira también lo que dice el Espíritu Santo, que obremos por alcanzar, seguir, y conseguir lo bueno, lo santo, lo perfecto, lo justo, y lo honesto, no sólo con diligencia, no sólo con ansia, no sólo con perseverancia, no sólo con afecto, sino con agonía, que es la más fuerte ponderación de la dificultad de la empresa, y de la ansia del que ha de ocuparse en ella: *Pro justitia agonizare, et usque ad mortem certa pro justitia* (Eccl. 4, v. 33): Busca lo bueno con ansia, y con agonía hasta morir. ¡Oh qué engaño, pensar que el camino del cielo es ancho, y acomodado, y que callen en él los deleites de la vida; mucho amar al mundo, y mucho apetito a la carne, grandes gustos, y recreaciones! ¡Oh qué engaño! ¡Oh qué perdición! ¡Qué daño! No es sino estrecho, penitencias, lágrimas, contrición, dolor, y desnudez de pasiones, de vicios, y apetitos. Este es camino del cielo,

y buscarlo con ansia, con agonía, no sólo al vivir, sino hasta morir dure esta ansia, y agonía.

11. Esta ansia, y agonía, que se aplica a caminos muy estrechos, y a grandes dificultades, quiere la Santa que sea amorosa agonía; porque el amor todo lo vence, lo allana, lo facilita, y suaviza; y este da aliento, y esfuerzo para vencer no sólo lo dificultoso, sino lo que parece imposible.

Esto que parece imposible a nuestra debilidad, que es salvarse con la gracia del Señor, lo ha de vencer el amor; y deste amor ha de nacer la agonía de salvarse, y esforzarse cada día en amar, y en obrar más, y más; y no cesar de amar, de caminar, y de obrar, como dice san Pablo: *In agone* (2, Tim. 2, v. 2), como quien está en una agonía, y en una lucha, en que no va menos que el morir, o el vencer; el morir eternamente, para padecer eternamente, o gozar eternamente de Dios.

AVISO XV

Los del cielo, y los de la tierra seamos una misma cosa en pureza, y en amor; los del cielo, gozando; los de la tierra, padeciendo: nosotros adorando la esencia divina; vosotros, el santísimo Sacramento; y di esto a mis hijas

Notas

1. Este es admirable documento, y en él quiere la Santa desde el cielo, que sea la tierra cielo. Esto sucederá en tres cosas, que aquí señala. La primera, que los de la tierra procuren parecerse en la pureza a los del cielo. La segunda, que los de la tierra amen a quien aman los del cielo. La tercera, con que adoren con reverencia profunda al santísimo Sacramento en la tierra, como adoran a la esencia divina los del cielo; pues en el santísimo Sacramento se halla la divina esencia, que está en el cielo, y la tierra, y a más de eso está encarnado el Verbo eterno.

2. Con esto enseña cuatro cosas: la primera, que viva el alma en pureza, y que cada día más, y más se limpie, y se purifique, porque las pasiones del alma son el destierro de su gracia; y tanto entra de Dios en nosotros, cuanto sale de impureza de nosotros; tanto va entrando de luz, cuanto sale de tinieblas.

Toda nuestra habilidad consiste en vaciar el corazón de deseos, de propiedades, de asimientos, de cosas que impiden el habitar Dios en nuestro corazón; pues en teniendo desocupada el alma de lo que a Dios embaraza, toda la ocupa con su gracia, con su luz, con sus virtudes, consigo mismo; y en estando Dios en el alma bien servido, y adorado, gobierna, guía, alumbrá, purifica, y limpia Dios el alma; y aquella alma en la tierra está como las almas del cielo, sino en el gozo de la visión beatífica, en el gozo del amor; sino en los efectos inefables de la gloria, en los efectos admirables de la gracia.

3. La segunda cosa que enseña es, que viva el alma en amor; y eso depende mucho de la pureza, porque si el alma está pura, y limpia, y sólo tiene a Dios en sí, y no deseos vanos, ni propiedades, ella andará enamorada de Dios; y si ella anda enamorada de Dios, ella

conservará pureza, y se darán las manos la pureza, y el amor; porque el amor purifica, y la pureza dispone a mayores incendios del amar, por la pureza.

4. Algunas veces me he puesto a considerar, cuál es lo que comienza primero en las almas, ¿la pureza del obrar, o el amar? Porque parece que el amor es el que encamina a la pureza, respeto de que el amor procura no disgustar a quien ama, y así la pureza se debe toda al amor.

Por otra parte veo, que la pureza es la que trae a sí el amor: y no entrara en el alma el amor, si no le hiciera el paso, y le abriera la puerta la pureza. Porque en estando puro, y limpio el corazón, como no puede dejar de amar el humano corazón, ama al Señor, que limpió su corazón, y sucede a la pureza el amor, como el efecto a la causa, o el suceso a la proporcionada disposición del suceso.

5. En esta duda yo creería, que la gracia es la que promueve la pureza, y esta dispone, y llama al amor; y este amor, como va creciendo en el alma cada día, la promueve a más, y mayor pureza; y esta pureza creciendo hace, y dispone cada día a más amor; y este mismo amor, al paso que crece en el alma, la promueve a más pureza, tanto cuanto fuere creciendo en amor; y tanto va creciendo de pureza en el amar, en el querer, en el desear, en el obrar, cuanto se aumenta el amar.

6. Lo tercero que enseña es, que lo que en las almas bienaventuradas es gozar, sea en esta vida en las almas santas padecer. *Las del cielo* (dice) *gozando; las de la tierra padeciendo*. Conque nos enseña, que el cielo en esta vida no se fabrica, como en la eterna gozando, sino padeciendo: y esto por muchas razones.

7. La primera, porque no es posible, que llegue a tener amor pacífico en el alma la misma alma, sin vencer por la gracia las pasiones de el amor mundano: para vencer, y desterrar del alma las pasiones, es menester primero, padecer, y pelear, hasta ahuyentarlas, y desterrarlas del alma. De que se sigue, que no puedo llegar a la gloria, y paz del amor en el suelo, y hacer a mi alma con esta paz, gloria, y cielo, sin padecer, y penar, para arrojar de mi alma las pasiones, porque entre Dios en el alma, que es el que hace al alma cielo.

8. Lo segundo, porque no sólo el padecer hace cielo el suelo, como causa de ir al cielo los del suelo, pues con el padecer se fabrica el ir al cielo desde el suelo, sino porque en el alma enamorada el mismo padecer es ya cielo, y consuelo, y alegría. Y como en el cielo se goza con deleites, y coronas de gloria inmortal, en el suelo se goza con penas, y tribulaciones, y aflicciones, que nos llevan a aquella inmortal corona; y como allá alegra el ver a Dios, acá alegra el padecer por Dios: y lo que hace allí la gloria para alegrar a las almas en la patria, hace aquí el amor, y la caridad divina por las penas, para alegrar a las almas en el destierro. Y como dice aquí santa Teresa, todos gozan, y son unos los de la Iglesia triunfante, y la militante; aquellos gozando, y estos mereciendo; aquellos gozando de Dios, estos sirviendo a Dios: aquellos alegrándose de ver a Dios, y estos alegrándose de padecer por Dios.

9. Con lo cuarto que enseña, allana una grande diferencia entre los del cielo, y los de la tierra: y es, que pueden los del cielo decir, que tienen grande ventaja a los de la tierra, en que ellos ven a Dios, pero que nosotros no vemos a Dios.

A esto responde la Santa, y nosotros con la Santa podemos responder, que también vemos a Dios como ellos, aunque no le vemos de la manera que ellos.

10. Porque el santísimo Sacramento, y el Señor que vemos sacramentado, es el mismo Hijo de Dios, que ellos ven sin el misterio, y nosotros miramos, y adoramos sacramentado en el misterio: y tan Dios es el Hijo de Dios sacramentado en la iglesia, como lo es en el cielo sin Sacramento, descubierto, y manifiesto.

11. Y si ellos gozan de la vista beatífica, nosotros podemos llamar beatífica el ver, y adorar este Sacramento, que si no beatifica en la gloria, que aquí causa, beatifica en la gloria, y bien que nos comunica: y que en una cosa les excedemos nosotros, si nos exceden ellos en muchas a nosotros: y es que nosotros vemos con grande mérito a lo que ellos ven sin mérito, aunque cesó la fe con la evidencia. Ven con más gozo, mas no con merecimiento.

12. Ellos ven al que nosotros recibimos; y más es en su manera el recibir, que no el ver. Ellos gozan con lo que ven, y nosotros con recibir, para padecer por quien recibimos, y para gozar por quien padecemos, y a quien recibimos, y adoramos, y gozamos.

Finalmente, podemos decir los de la tierra, que desde que el Señor se quedó sacramentado en el suelo, ya las almas santas, y justas pueden tener por cielo al suelo, y hacer una vida celestial en la tierra.

AVISO XVI

El demonio es tan soberbio, que pretende entrar por las puertas, que entra Dios, que son las comuniones, y confesiones, y oraciones, y poner ponzoña en lo que es medicina

Notas

1. Este es un aviso excelente, porque es muy medicinal para obrar lo bueno con tal cuidado, y diligencia, y advertencia, que entre las manos no se nos vuelva lo bueno perdido, perverso, y malo.

2. Esto podíamos entender que aconseja san Pablo, cuando dice: *Vince in bono malum* (Rom. 12, v. 21): Vence en lo bueno lo malo. No sólo dice: Vence con lo bueno lo malo, sino: Vence dentro de lo bueno lo malo: para lo cual es menester mayor gracia, que para vencer lo malo, que anda ausente de lo bueno. ¿Pues cómo puede lo malo estar dentro de lo bueno? ¿Cómo pueden las tinieblas habitar dentro de la misma luz? ¿Cómo puede en lo interior de lo blanco tener lo negro su habitación? ¿Cómo pueden estar Dios, y Dagón en un templo?

3. No puede estar en lo bueno lo malo, claro está; porque no es posible, que sea bueno, en teniendo dentro de sí lo que es malo, y no puede jamás hacerse una confección, o mezcla de malo, y bueno, que no sea todo malo: porque como Dios, y Belial no se juntan, tampoco lo bueno, y malo.

4. Pero lo que se dice es, que en ejercicios, que materialmente son buenos, santos, y perfectos, puede introducirse tal malicia, que nos los haga malos, pecaminosos, o imperfectos: y esto es lo que hace el demonio en lo bueno, procurando sembrar cizaña, como entre el trigo limpio, puro, y cándido, para que aquella cizaña pecaminosa ahogue del todo aquel trigo; y esta cizaña dice san Pablo, que suele andar con lo bueno, y es menester arrancarla; y así se puede entender: *Vince in bono malum*.

5. La soberbia del demonio, que no pudo verse en el cielo lograda, procura lograrse en el mundo condenada: y ya que no pudo clavar su diente en la divinidad del Señor, cuya omnipotencia le arrojó a eterna condenación, lo procura clavar en nuestra humildad, y pobreza, y humanidad, criaturas del Señor; y ya que no pudo vencer al Redentor, quiere vencerlo en las almas: y toda su ansia es vengarse en la hechura, el que no pudo vengarse en el Hacedor.

6. Finalmente, de la manera que algunos malos hombres, que no pudiendo vengarse en el enemigo, se vengán en sus hijos, en su hacienda, en su heredad, y procuran abrasarla; así este enemigo astuto, y entendido, y vengativo, y experimentado, y viejo, y maldito pone el daño en la misma medicina, para que con lo que él pone en ella, sea daño, y no sea medicina, y estos hijos adoptivos de el Eterno Padre, hijos por gracia, y misericordia, coman veneno al comer la medicina, y que se traguen la muerte con el pan del cielo, que les da su Eterno Padre.

7. Con eso hace dos cosas muy perversas, y soberbias. La primera, abrir las puertas de la culpa, para entrar él en el alma. La segunda, cerrar las puertas de la gloria, por que no entre en ella el alma.

Porque las puertas del alma para la gloria son los santos Sacramentos; y si él hace, y procura, que se reciban indignamente, y que en su recepción, y en su administración se ofenda a Dios, ciérrale al alma la puerta para el mérito, y la gloria, y se entra él en el alma por la puerta de la culpa, y lleva tras sí la puerta, y se queda como en su casa (por decirlo mejor, como en su infierno) en el alma.

De suerte, que de ausente, y desterrado, se hace señor de aquella escala para la gloria, se fabrica la muerte, y el mismo infierno.

8. Tres cosas señala la Santa aquí, por donde Dios llama, y lleva a las almas a la gloria, y por donde el demonio procura que se vayan al infierno. La primera, las comuniones: la segunda, las confesiones: la tercera, la oración. Y porque no explica aquí la Santa, cómo es posible que el demonio pueda hacer infierno la gloria, y culpa la gracia: esto es, cómo puede hacer los medios de gloria, y gracia, que sean mal ejercitados, de condenación, e infierno, será bien que brevemente lo expliquemos, para que abramos los ojos, y escarmentemos, viendo que sabe el demonio hacer daños los remedios.

9. Lo primero, no hay duda que es manjar de vida el Sacramento eucarístico, porque este es pan del cielo, este es maná divino, este es el que no sólo nos da vida espiritual, santa, perfecta, alegre, y gozosa, sino vida eterna, y celestial; y todas estas, y otras son palabras de la ley evangélica.

Pero también es cierto, que este manjar da todo esto a quien dignamente lo recibe, y a los que con temor santo le introducen en el pecho, y con disposición conveniente, y a los que lo temen, y aman, y reciben con humildad, espíritu, pureza, y fervor. Pero a los que sin pureza conveniente lo reciben, y sin hacer juicio, y consideración, estos se comen el juicio de Dios; y el juicio de Dios adorado, y temido es gran bien; pero el juicio de Dios comido, como nos dice san Pablo, es muerte, y condenación: *Juditium sibi manducat, et bibit* (1, Cor. 11, v. 29).

10. Pues lo que hace el demonio para matarnos, es, ya que no puede poner veneno en el Sacramento, pónelo en la recepción, y en la disposición del que lo recibe; y hace que de tal manera lo reciba, que el que es vida recibido con reverencia, y temor, sea muerte recibido sin temor, ni reverencia.

Y así, almas, es menester atender, y entender, que no está el bien en recibir al Señor tanto, cuanto en recibir al señor como a Señor, como a Dios, como a Esposo, como a Padre, como a Amigo, como a Pastor; y con aquella reverencia, que el buen siervo recibe en su posada al señor; con aquella fidelidad, que guarda la buena esposa a su esposo; con aquel respeto, que obedece el buen hijo a su padre; con aquella fineza, que procede con su amigo el buen amigo; con aquella obediencia, y humildad, con que sigue la oveja a su pastor; de esta suerte se ha de servir, adorar, agradar, y recibir al señor.

Porque recibirle oveja perdida, esposa adúltera, amigo infiel, esclavo duro, e inobediente hijo, ingrata criatura a su Dios, y Criador, no es, alma, no, recibirlo, sino ofenderlo, herirlo, y crucificarlo; y no se recibe vida, sino juicio, muerte, y muerte de eterna condenación.

11. La segunda medicina, en donde el demonio suele poner la ponzoña, es en el ejercicio de la santa confesión. Porque después que el demonio hirió al alma con la culpa, no tiene otro remedio la pobre, sino esta saludable medicina; y después de haber perdido la gracia, y arrojádose loca, y temeraria en el mar ponzoñoso del pecado, no tiene otro modo de librarse, sino esta segunda tabla, que es el sacramento de Penitencia.

12. Pues como el demonio aborrece tanto al alma, y quiere que sus daños sean sin remedio alguno, pone en el remedio el daño. Y siendo su remedio, que se confiese con los labios, para que no se confiese, pónelo un candado en los labios; y ya por vergüenza desvergonzada, ya por pereza, ya con otros distraimientos, le tiene cerrados los labios, y siendo su remedio, que el pecador se confiese, y que sea con dolor, y contrición, o verdadera atrición, llévalo a confesar sin contrición, sin atrición, ni dolor.

Es su remedio llevar propósito de la enmienda; llévalo a que se confiese con tanta priesa, que no parece que va como quien huye del pecado, sino como quien huye del Sacramento; porque dice que va por cumplir con la Iglesia. Como quien dice: Sólo por cumplir, no por merecer; por escapar de la pena de la Iglesia, no por salir de la culpa, que me mata a mí, y escandaliza a la Iglesia.

13. Si él dijera: Voy por cumplir con la Iglesia, como hijo verdadero de la Iglesia, obedeciendo el precepto de la Iglesia, para reducirme por la gracia al gremio universal de la Iglesia, y hacerme por ella místico miembro de la Iglesia; era buen modo de cumplir

con la Iglesia: pero con algunos que el demonio dilata las confesiones de año a año, no hace que así lo entiendan, sino que van por cumplir con la Iglesia: esto es, por cumplimiento, no por amor, ni santo temor. Van por que no los descomuniquen, por que no pierdan su honra.

Todo esto es poner el demonio el veneno, donde ha de estar la medicina, y el que no puede poner en el Sacramento, ponerlo en despreciar el Sacramento, y en la mala recepción del Sacramento.

14. No así, no, almas, la confesión sea clara, pura, verdadera, penitente, y dolorosa: el ir a este Sacramento con dolor, con temor santo, con contrición perfecta, con propósito constante de no volver a ofender a Dios: decir limpiamente lo que impuramente obraste; a tu Padre hablas, a tu Dios, a quien derramó por ti su sangre, a quien desea, más que tú, tu remedio, a quien sabe ya al decir, aquello que comiste al pecar. El mismo que se halló viéndolo cuando pecabas, y donde pecabas, lo está oyendo donde lo confiesas. No mires tanto al sacerdote, cuanto a Dios, que se representa en el sacerdote.

15. La tercera medicina del alma, en que santa Teresa señala, y advierte, que el demonio pone ponzoña, es la oración; y aquí puede advertirse, cuán importante remedio es la oración para el alma; pues santa Teresa lo propone con el Sacramento eucarístico, y la confesión; y el demonio, como a remedio tan eficaz, asesta a él su artillería, y su ponzoña.

16. En la oración puede poner el demonio de muchas maneras la ponzoña, y todas en mi sentimiento se vencen de una manera. Puede ponerla convidando en la oración con deseos de propia excelencia; porque sólo el orar es dignidad (ya se ve) hablar con Dios, ponerse delante de Dios, tratar con Dios. Sólo hablar con el rey, es dignidad: ¿pues qué será hablar con Dios? Y si de aquí, de donde le ha de nacer al alma humildad, y confianza, y decir con Abrahán: *Cum sim pulvis, et cinis* (Gen. 18, v. 27), que es polvo, y ceniza; ella se engríe, ensoberbece, se desvanece, y desea arrobos, visiones, revelaciones, y busca otros delirios como este, que recibidos son peligrosos, y deseados dañosos, ya el demonio puso su ponzoña en la oración de aquella alma.

17. Lo segundo, la puede poner con turbar el demonio la imaginación del que ora, y ponerle en ella, y en la fantasía ilusiones, engaños, y disparates. Y si el alma se deja gobernar de la imaginación, y no apela de la imaginación a la humildad, y sinceridad del corazón, y al consejo del prudente confesor, ya come el alma ponzoña.

18. Lo tercero, suele poner sequedades, tentaciones, torpezas, y otros mil modos de tentar al orador, para retraerlo, y apartarlo de aquel soberano, y utilísimo ejercicio. Y si el alma no resiste, y persevera, antes se acobarda, y se retira, ya el demonio la va destruyendo con la ponzoña, que la puso en la oración.

19. Casi a estos tres modos de ponzoña se reduce la que pone el demonio en la oración; y todas tres se vencen con una manera de pelea, y defensa, que es con armarse el alma de humildad, de consejo, y perseverancia.

20. Para las primeras tentaciones de visiones, revelaciones, y cosas de este género, humillarse, negándose a todo lo que no fuere la humildad, y obrar con el consejo del prudente, y docto padre espiritual.

21. Para el segundo daño, ha de buscar por los mismos pasos el remedio, humildad, y consejo; y purificar la intención, y no desear sino a Dios, y padecer por Dios, y negarse en todo a las criaturas, para agradar a su Criador, a su Señor, y a su Dios.

22. Para las terceras (que son sequedades, y otras deste género) el remedio es, lo que dice la misma Santa, y la humildad con la perseverancia, y no dejar la oración, y antes morir perseverando con ella, que no vivir vencido del enemigo, huyendo de la oración.

Porque aunque todas las virtudes corren a conseguir la corona, pero entre todas es la perseverancia la que se lleva la corona: *Omnes quidem currunt, sed unus accipit bravium* (1, Cor. 95, v. 24). Pues ni el que corre es algo, ni el que pelea, ni el que obra, ni el que padece, ni el que merece, sino aquel que persevera.

AVISO XVII

Cualquiera cosa grave, que se haya de determinar, pase primero por la oración

Notas

1. Esta es máxima utilísima, y tan clara, que más necesitamos de ejercitarla, que de explicar.

2. Cinco cosas, entre otras, tiene la oración admirables, y provechosas, para que el varón espiritual, y cualquiera alma se aconseje con la oración. La primera, es la luz que Dios allí comunica para el acierto. Pues habiendo dicho tantas veces: *Petite, et dabitur vobis: quærite, et invenietis: pulsate, et aperietur vobis* (Lucæ, 11, v. 9): Pedid, y recibiréis: llamad, y os responderán: orad, y rogad a vuestro Padre celestial, y otras razones como estas, en las cuales está ofreciendo su divina Majestad a los que oran, y le piden, que les concederá lo que le piden: ¿qué duda hay, que quien fuere a suplicarle luz, acierto, y dirección, se la dará en la oración?

3. Lo segundo, tiene también de bueno el acudir por consejo a la oración el humillarse el que ha de tomar la resolución; porque en mi concepto el mayor daño de las resoluciones depende de la presunción, y vanidad al resolver: porque para todo nos parece que bastamos, y que nuestro entendimiento no necesita de otra luz que de la suya, y todo lo sufriremos, sino el que otro diga que sabe más que nosotros: y bien pasará uno porque otro diga, que sabe coser mejor que él; pero que sabe gobernar mejor que él, no lo sufrirá, ni aun el que no sabe otra cosa que coser.

Cuántos zapateros hay, que dicen desde su banquillo, si yo fuera presidente, si yo fuera del Consejo, si yo gobernara el mundo: porque le parece a él que es más hábil para gobernar al mundo, que para dar buen cobro de los zapatos, que está cosiendo en su banco.

4. Esta presunción del gobernar, y del resolver, no se la quitará al hombre, sino la gracia de Dios; porque entró en el hombre con la culpa, y su desgracia: pues desde que el demonio puso a nuestros primeros padres al oído aquellas venenosas palabras: *Eritis sicut Dii* (Gen. 3, v. 5): Seréis como dioses; esto es, sabréis como dioses, heredó toda su posteridad la presunción del saber.

Pero el que va a la oración, si se humilla, y conoce su ignorancia, y en figura de pobre de sabiduría, pide limosna a Dios (que es la misma sabiduría, y entendimiento) humillado, y resignado, ya se puede tener por alumbrado, y enseñado. Y pues él sabe que ignora, sabe el principio de la sabiduría, y el medio de desterrar la ignorancia.

5. Lo tercero, porque el que va a la oración por consejo, se conoce que va con buena intención; pues nadie va a Dios sino con deseo de agradarle, y de servirle; y mucho lleva andado para el acierto, el que lleva buena intención al consejo.

6. Lo cuarto, porque el que va a Dios por la oración, para que le aconseje en ella, no es posible que ya que no acierte con lo mejor, dé por lo menos en lo malo. Porque delante de Dios, y en su presencia, y humilde, arrodillado, compungido, y devoto; ¿cómo es posible que resuelva cosa que sea ofensa de Dios? Y gran cosa es, ya que no acertemos con lo mejor de lo bueno, no caer, ni llegar, ni incurrir en lo peor de lo malo.

7. Lo quinto, porque el que va por consejo a la oración, por lo menos lleva la ventaja del pensar en el negocio, que va a resolver: y gran cosa es para acertar, el meditar, pensar, premeditar, y discurrir sobre la resolución de aquel negocio.

Una de las cosas que tiene perdido el mundo, es el resolver sin pensar, y que primero se vea el efecto, que el consejo: y que gobierne la ligereza, e inconsideración, y presunción, lo que ha de gobernar la meditación, la consideración, y la luz de Dios, por la oración, y consejo.

8. A este propósito vienen bien las palabras del Profeta: *Desolatione desolata est omnis terra, quia nullus est, qui recogitet corde* (Jere. 12, v. 11). La asolación, o la disolución de la ciudad, y el desuello de los ciudadanos, y del mundo, es sobrar resoluciones, y faltar consideraciones: obrar mucho, y pensar poco.

AVISO XVIII

Procúrense criar las almas muy desasidas de todo lo criado, interior, y exteriormente: pues se crían para esposas de un Rey tan celoso, que quiere que aun de sí mismas se olviden

Notas

1. Toda la vida espiritual se encierra en este documento, y aviso. Y como quiera que la vida más espiritual ha de ser la de las esposas de Cristo bien nuestro, fuera de la de los sacerdotes, religiosos, y obispos, que estos solos deben aventajarlas por su ministerio;

está bien encaminada esta luz a las hijas de santa Teresa, y con esa luz es bien que veamos, y en esta fuente bebamos todos.

2. La vida del seglar, y de cualquiera otro que tenga por fin esto temporal, entre otras cosas que tiene de pésimo, es, que sigue una profesión tan arriesgada con gobernarse por su propia voluntad, que con lo que le ofrece el mundo, le cautiva; y con lo que apasiona, aprisiona; y con lo que convida, mata; y con lo que alegra, encadena; y con lo que encadena, condena.

La razón es clara; porque el corazón que crió Dios para sí libre, suelto, y desasido, luego que es llevado, ganado, y arrastrado del apetito, y gusto de lo temporal, se ase, se cautiva, rinde, y traba con esto bajo, torpe, terreno, y sensual, de suerte, que de libre de Dios, se hace siervo miserable del mundo, y cautivo del demonio.

3. Esta es la causa por que el alma santa ha de procurar no amar cosa criada, sino por Dios, y con Dios, y para Dios; porque no hay amor, que sin estas calidades no sea un despeñadero, y que no esté llamando a muchísimos peligros, y a gran número de daños.

Por eso se podrá llamar el amor de las criaturas, amor con miedo, porque no han de amar las almas a cosa criada, en que no deban obrar con gran recelo de amar. Está lleno de esquinas, por donde anda el amor de las criaturas, y apenas halla las calles: todo es encontrar con las esquinas, y por eso suele dar más caídas, que no pasos, y más pasos al caer, que no al andar.

4. Sólo el autor de Dios es amor sin miedo de amar, y allí puede el alma arrojarse a amar sin tasa al que sin tasa nos ama. Una cosa pido a Dios, y otra aborrece mi alma. La que le pido es que no me deje amar a las criaturas sin el Criador; y que sea por el Criador todo amor que diere a las criaturas. La que aborrece mi alma, es, el desear en esta vida sino a Dios, pues no hay otra cosa que desear sino a Dios en esta vida.

5. Cuanto damos de amor a las criaturas, tanto lo hurtamos al Criador, como otras veces he dicho: y cuando parece que somos agradecidos, o amantes, no somos sino ladrones ingratos a aquel amor.

Que yo le dé al padre, a la madre, a la esposa el amor ordenado, y santo, es muy santo, y ordenado: pero que ni al padre, ni a la madre, ni a la esposa, ni al hijo le dé amor, que para dárselo a él, sea menester que se lo quite a Dios, es desordenado amor.

6. Más fácilmente debemos dar el dinero, la ocupación, y el tiempo, la salud, y la persona a las criaturas, que no el corazón; porque aquello tal vez es justo, y necesario, y comúnmente honesto el darlo; pero el corazón sólo a Dios.

Hijo, dice el Espíritu Santo, dame tu corazón: *Fili praebe mihi cor tuum* (Prov. 23, v. 26). Esto que pide Dios al alma, le está cada instante pidiendo con notable ansia el demonio. Toda la guerra de el demonio con Dios, es sobre quien ha de ser señor del corazón del hombre, y quien ha de poseer, y llevarse para sí esta joya de el humano corazón.

7. Pondera excelentemente al intento san Bernardo, que a vista de los cielos, y de la tierra, se está peleando por Dios, y por el enemigo común de las almas, sobre quien será

señor de un corazón tan corto, y pequeño, que no basta para satisfacer al almuerzo de un pequeño gavián.

8. Verdad es, que aunque es esta su medida, y tan pequeña, y limitada, es capaz del mismo Dios, por estar allí el alma racional, que es imagen viva de Dios. Halló san Antonio abad un día al demonio muy solícito entre sus monjes, haciéndoles repetidas reverencias, y muy grandes cortesías, y procurando granjearlos de innumerables maneras. Dijo el santo: ¿Que quién le había traído a la casa de los santos, siendo la misma maldad? A que respondió, que toda su pretensión, no era más que le diesen sus monjes una niñería. Y preguntándole: ¿Cuál? Dijo: Que una media luna, un ojo de un buey, y la cuarta parte de la rueda: y con esto desapareció.

9. Quedó el santo confuso, y para saber lo que había de negar al demonio, quiso con sus hijos averiguar lo que pretendía: y hallaron que por todas aquellas cosas tan disformes, raras, y diferentes, quería pedir, y arrancar del alma del monje su corazón. Porque la media luna es una *C*, el ojo del buey, que siempre es redondo, es una *O*, la cuarta parte de rueda, es la primera letra de, *Rota*, en latín, que quiere decir *Rueda*, que es una *R*, y juntas estas tres cosas distantes, significa corazón, *COR*. Con esto habiendo entendido los monjes la pretensión que tenía a su corazón este fiero enemigo de las almas, pusieron más cuidado en guardarse de sus uñas, y poner sólo en Dios su corazón.

10. A esto miran unos versos muy discretos, que dicen que se hallaron en un antiguo sepulcro, que dicen:

*Dimidium sphaerae: sphaeram, principe Romae
Postulat a nobis divinus Conditor orbis.*

Una media bola, una bola entera, y la cabeza de Roma le pide a las criaturas su divino Criador. Porque una media bola hace figura de *C*, una entera de *O*, la primera letra de Roma, *R*, y todo junto *COR*, que es el corazón.

11. Por esto santa Teresa quiere los corazones de sus hijas desasidos. Y añade: *Interior*, y *exteriormente*, porque es celoso su Esposo. Desasido en lo interior; esto es, desnudo el corazón de todo humano amor, y deseo, no sólo de lo malo en lo grave, que esa no es fineza, sino obligación, no sólo de lo malo en lo leve, que eso aunque no fueran esposas lo debían a su misma conveniencia, sino de lo bueno, cuando lo bueno, por el asimiento, puede llegar a imperfecto, y de imperfecto hacerse perdido, y malo.

Porque aun lo bueno, si llega a ser asimiento, ya sea de lo natural, como padre, madre, hermanos; ya sea de lo espiritual, como lágrimas, regalos espirituales, y otras cosas deste género, como se tenga con propiedad en el alma, cautiva al humano corazón, y lo entretiene, y lo detiene, para que no llegue a la unión, que por la voluntad ha de tener la esposa con el Esposo.

12. Por esto dice el beato padre, y místico doctor fray Juan de la Cruz (Lib. 1, de la Sub. del Mont. C. 11), que como un pajarito estuviese atado, aunque no fuese con una cadena gruesa de hierro, sino muy delgada, atado estaba. Y que así el alma, como quiera que esté atada, ya con cadena gruesa de hierro en lo grave, aunque no llegue a culpa grave; ya con cadena delgada de hierro en lo leve: ya con cadena de oro en lo permitido, y bueno, asida

con el amor propio, y atada, no es posible que llegue a unión perfecta de voluntad con su Criador. Y así para que el alma sea toda de Dios, es menester que no tenga en ella parte la criatura, ya sea la criatura a quien ama, y sea la misma alma, que ama con propiedad a la criatura. Porque es tan celoso Dios del alma, que no sólo tiene celos de que ella ame a otra cosa que a Dios, sino de que se ame el alma a sí misma.

13. Y dice la Santa: *Sin asimiento exteriormente*, por que no sólo se nieguen al interior asimiento, sino a esto exterior, cuanto sea posible, para que se hallen más libres en lo interior, negadas a lo exterior. Porque aunque el asimiento que daña, es siempre el interior; pero para asirse con lo interior, dispone muchísimo lo exterior. Porque la esposa del Señor, que tiene su trato con las criaturas, si con ellas anda frecuentemente en lo exterior, muy presto les dará lo interior. Y la monja, que da a la amiga con exceso la conversación, ella le dará bien aprisa el corazón.

Y la religiosa, que siempre está tratando con sus padres, o parientes, no soltará el amor de sus parientes, y padres: y cuanto tuviere de trato no necesario con ellos, irá cobrando de asimiento; y cuanto crezca aquel, crecerá este. Y así la Santa quiere a sus hijas desasidas en lo interior, y exterior: y que estén desasidas desto, para que lo estén de aquello.

14. Añade: *Pues se crían para esposas de un Rey tan celoso, que quiere que de sí mismas se olviden*. Aunque lo encarece bien; pero es poco, respeto de lo que Dios es celoso: porque no hay amor de propiedad tan delicado, y delgado del alma a las criaturas, que no le embarace a Dios; y en siendo amor con gusto de amar a la criatura, todo se lo quita a Dios. Porque dice su divina Majestad (y con razón) que cuanto el alma ocupa de amor ajeno, tanto le quita al divino: y como Dios la quiere a ella sin limitación alguna, quiere que ella a Dios ame sin limitación. Y que pues Dios la quiso hasta negarse a su misma vida, dándola por ella en una cruz, se niegue ella por Dios (como dice la Santa) hasta negarse a su misma vida.

15. Y como Dios la quiso más al vivir, le quiera ella más que al vivir. Y si otra cosa quiere con Dios, y tiene con Dios en el corazón, en no viviendo con Dios, y por Dios, y para Dios, ya está Dagón en un templo con Dios, y es menester que salga Dagón, o Dios. Y si no está Dagón, porque no perdió la gracia, están allá los mensajeros de Dagón, y de el Dragón, que son los asimientos, las pasiones, que si no se arrojan de el corazón, vienen a parar en prisiones, que va poniendo al alma aquel Dagón, y Dragón.

16. A esto mira lo que dijo el Señor, que el que le ha de seguir, se niegue a sí mismo; no sólo a sus padres, sino a sí mismo: *Abneget semelipsum, et sequatur me* (Lucæ 14, v. 26). Y en otra parte, a sus padres, y a sus hermanos; y lo que es más: *Adhuc autem, et animam suam*, y a su misma vida, y amor ha de negarse: y alma que no hace esto, no es esposa fina, y leal de el Señor. Y así de todo ha de andar el alma espiritual desasida, y sólo a Dios, y de Dios asida.

17. Pareciome muy bien el sentimiento de un alma, que la noche de Navidad, viendo que eran las doce de la noche, y que estaba el niño Jesús llorando en las pajas de el pesebre, le dijo:

Las doce son de la noche,
Niño Dios, y no dormís:

Si es amor, ¡ay Dios qué dicha!
Si son celos, ¡ay de mí!

Porque aquella alma temerosa, y fervorosa decía: Si mi amor, y su amor no le dejan dormir a Jesús, dándole, yo el mío, y dándome a mí el suyo, ¡dichosa yo que le hago velar de amor! Pero si los celos, y recelos que tiene de mí, y de que amo las criaturas, no sólo le hacen velar, sino que le obligan a llorar, ¡ay de mí!

18. Esta copla ha de ser la fuga de las almas devotas en esta música espiritual. Y examínense bien en lo interior, y exterior: y averigüen si Dios puede estar juntamente celoso de sus propiedades, o asimientos, o pasiones; y huir de ello, como de el fuego, para que sea fuego de amor, y no de celos el que desvele al Señor.

AVISO XIX

Procuren ser los religiosos muy amigos de pobreza, y alegría; que mientras durare esto, durará el espíritu que llevan

Notas

1. Es esta muy discreta, y espiritual máxima: *Pobreza, y alegría*. Puso primero la pobreza, y luego a la alegría; como quien pone primero a la madre, y luego a la hija. Y aun con ser gentil, un gentil entendimiento filosófico decía, que es cosa alegre la pobreza, y que la alegría desaparece, y destierra la pobreza honesta: *Res est læta paupertas*. Y añade: *Non est paupertas, si læta est* (Séneca).

2. Creo que ya lo dijimos arriba, pero merece repetirse; por que no sólo el sol de santa Teresa nos alumbre, sino la vela de este discreto pagano, y nos avergoncemos los cristianos de amar con tal ansia las riquezas: *Honesta cosa es la pobreza alegre*. Y añadió: *Antes si es alegre, no es pobreza*. La pobreza da alegría, y aquella alegría da riqueza santa, destierra a la pobreza, y deja al alma llena de celestiales riquezas.

3. Pero es menester advertir, que aquí no se habla propiamente de la pobreza de las alhajas solamente, aunque esta es necesaria en quien profesa pobreza, y aun a los que no la profesamos con el voto, aunque la debemos profesar con el espíritu; por que no nos cautiven las alhajas, y en lugar de ser riquezas de varones: *Divitiæ virorum*, seamos nosotros (lo que Dios no permita) *Viri divitiarum*, que *Nihil invenerunt in manibus suis* (Sal. 75, v. 6), cautivos de las riquezas, que nos hallamos, al morir, sin riquezas de virtudes, por morir rodeados de riquezas, sin virtudes.

4. La pobreza, de que se habla aquí principalmente, es la de deseos, y afectos, que acompaña a la pobreza de alhajas. Y esta pobreza, yo juzgara, que trae consigo alegría; porque tiene dentro de sí a Dios, y es Dios la misma alegría. La pobreza voluntaria arroja de sí cuanto tiene, y cuanto desea; y con eso en el corazón vacío de criaturas, entra Dios, y tanto más llena, cuanto halla mayor vacío; y un corazón lleno de Dios, forzoso es que esté alegre, y que sea esta pobreza, no sólo alegre, sino la misma alegría.

5. De aquí deduce esta consecuencia, y máxima la religión de el Carmelo, y la misma procuremos imprimir todos en el corazón, que si queremos alegría, no la pidamos al mundo, sino a Dios: y que cuanto entrare en el corazón más de pobreza, y arrojaremos de deseos, tanto entrará más de Dios; y que al salir los deseos, irá entrando la alegría, porque ni cabe con Dios tristeza, ni alegría sin Dios.

6. Hasta aquí (más para consuelo de los padres que me lo han pedido, que no porque estas celestiales cartas, y avisos de la Santa necesitasen de notas) he escrito lo que tumultuariamente se me ha ofrecido a la consideración entre mucha ocupación del ministerio que sirvo, y tan aprisa, que ello mismo está diciendo con sus imperfecciones, y defectos, que ha obrado al escribirlo mi pluma: *Sicut calamus velociter scribentis* (Sal. 44, v. 2). Si a vuestra reverendísima le parece, que pueden ser de algún servicio a Dios, y honra de la Santa el imprimirlas, lo remito a su censura. Guarde Dios a vuestra paternidad reverendísima como deseo. Osma 28 de marzo de 1656.

De vuestra paternidad reverendísima M. S.

Juan, obispo de Osma.

FIN